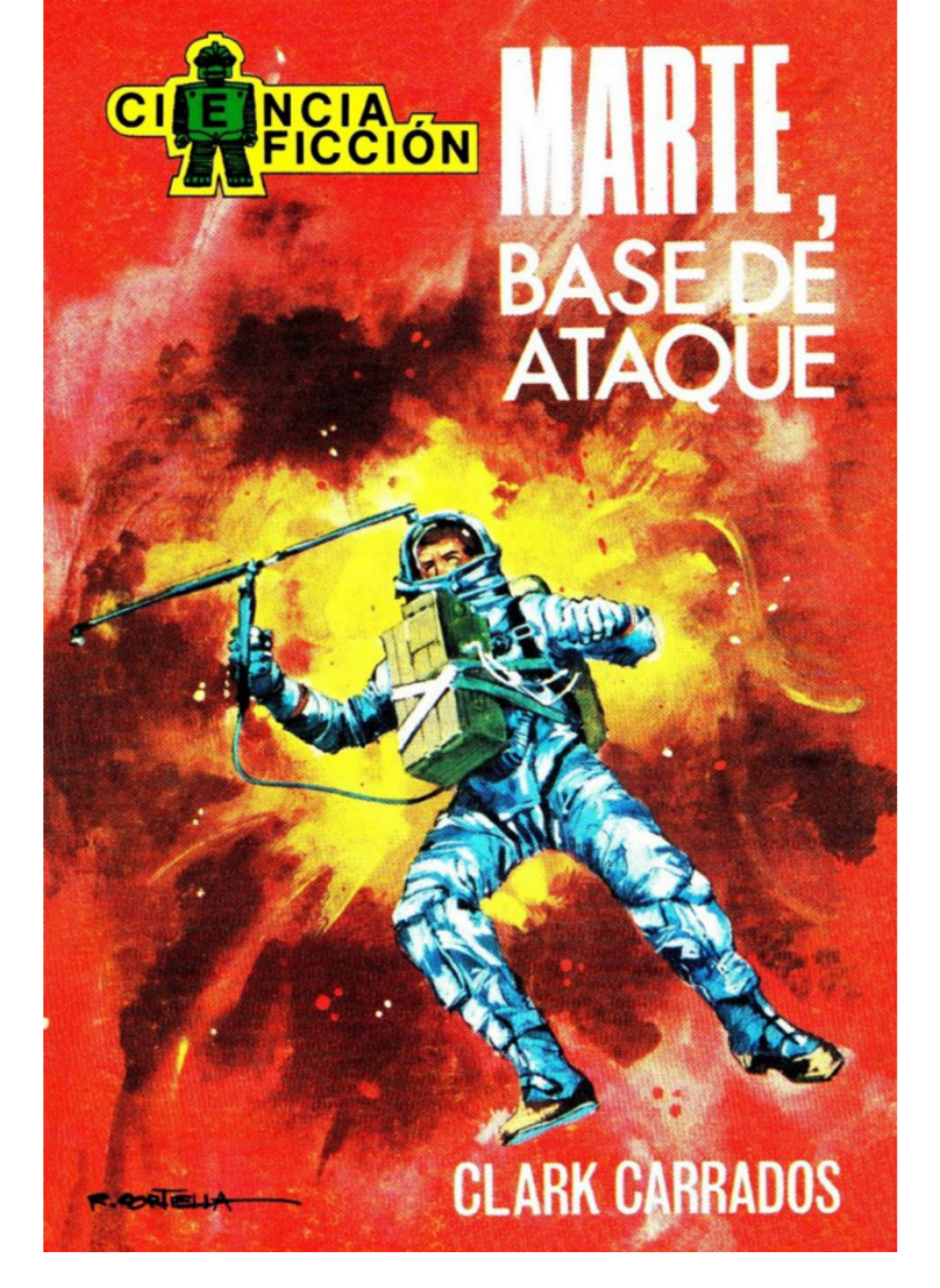

CIENCIA FICCIÓN
MARTE, BASE DE ATAQUE
CLARK CARRADOS
R. PORTELLA

CLARK CARRADOS

Marte, base de ataque

Ediciones **TORAY**

Arnaldo de Oms, 51- 53
Barcelona

Dr. Julián Alvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. - 15145 - 1970

Printed in Spain - lmpreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Los radares de larga distancia captaron en sus pantallas la señal de un aparato cuya órbita no había sido registrada de antemano, y los operadores dieron la señal de alarma.

Las llamadas se sucedieron rápidamente y todas las frecuencias de radio fueron ensayadas, sin que se consiguiera la menor respuesta por parte de los tripulantes del enigmático artefacto.

Cohetes defensivos de alta potencia, bajo el mando directo del Comandante general de las fuerzas de la O.N.U., fueron puestos en disposición de ser disparados para interceptar la trayectoria de la nave que parecía surgir de las profundidades del espacio. Pero antes de que se diera la orden de fuego, fue capturada una desesperada llamada procedente del aparato que volaba directamente hacia la Tierra:

— Van a atacarnos! ¡Quieren destruir el planeta! ¡Marte es una base de ataque…! ¡Habla Tony Zeiss, segundo jefe de Camp Vickary! ¡Marte es una base de ataque!

Después de tan dramáticas palabras, Zeiss dejó de hablar. La orden de fuego fue suspendida, en tanto se confirmaba la identidad del comunicante.

Pronto entró la nave en la atmósfera terrestre. Veloces reactores de alta cota, fueron lanzados al aire, con objeto de ayudar al recién llegado en la toma de tierra.

Los pilotos de los reactores, volando paralelamente a la astronave, intentaron hablar con Zeiss. Empeño inútil; el piloto permanecía obstinadamente mudo.

Por último, la astronave se dispuso a aterrizar. Los pilotos de escolta se felicitaron de llevar puestos los cascos de vuelo; ello

impedía que se les pusieran los pelos de punta al observar el terreno donde Tony Zeiss se disponía a posarse.

La nave tocó tierra al fin; rebotó con enorme polvareda; se deslizó a lo largo de trescientos metros de terreno liso; acometió contra un bosquecillo de chopos que, según dijo luego su dueño, al entablar una demanda para percibir daños y perjuicios, habían quedado convertidos en mondadientes; se zambulló en un río, asomó el morro por el lado opuesto y, al fin, se quedó inmóvil.

Enormes humaredas brotaban de los costados de la nave. Los servicios de socorro, alertados, volaban ya hacia el lugar de aterrizaje. La explosión se produjo cuando estaban a un par de kilómetros de distancia. Un helicóptero fue derribado por la violencia de la onda expansiva y sus tripulantes sufrieron graves heridas.

Pasó bastante tiempo antes de que los equipos de socorro pudieran acercarse al lugar de la explosión. Aquello era un infierno de fuego.

Al fin, las llamas perdieron intensidad y los lanzadores de espuma consiguieron extinguir el incendio. De Tony Zeiss, según dijo luego el jefe del rescate, no quedaba más que el recuerdo.

Un recuerdo poco agradable, ciertamente, si se tenía en cuenta sus últimas y aterrorizantes palabras.

¡Marte, base de ataque!

¿De quién?

¿Contra quién?

* * *

No hay noticias de CAMP VICKARY

La radio permanece obstinadamente silenciosa. Todas las llamadas que se hacen al centro de comunicaciones de Camp Vickary han resultado inútiles hasta el presente.

Antes de morir, Tony Zeiss denunció que Marte era una base de ataque. ¿Qué ha sucedido con las gentes que habitaban en lo que acertadamente se ha dado en llamar la primera colonia marciana?

¿Quién ha construido allí una base de ataque?

¿Vive alguien todavía en Camp Vickary?

Éste era el tono general de todos los periódicos de la Tierra. Pero nadie sabía dar una solución al fantástico enigma planteado por la insólita llegada de Tony Zeiss.

Lo más preocupante era el silencio de Camp Vickary. Oficiosamente, se temía que todos los componentes de la colonia, unos ciento ochenta, en total, hubiesen muerto.

En páginas interiores, algunos periódicos daban una curiosa noticia que, con el alboroto originado por el suceso de que Zeiss había sido principal protagonista, pasó casi desapercibida:

El profesor Curton, inventor de la electroencefalofotografía, asegura que su aparato no sólo es capaz de proyectar en una pantalla las imágenes producidas en el cerebro, sino que, además, las fija en una placa fotográfica…

* * *

Reynold Tloth había salido de pesca, se cayó, se rasgó el dorso de la mano y empezó a sangrar. Reynold torció el gesto, porque el rasguño, sin ser grave, le dolía bastante y dificultaba notablemente los movimientos de su mano. Reynold se despidió de su placentera jornada de pesca.

Sacó un pañuelo y se lo enrolló en la mano. No muy lejos de allí había visto una cabaña de recreo. Salía humo de la chimenea y ello le dijo que debía de estar habitada.

Resignándose a la pérdida de su distracción favorita, que practicaba cuando tenía vacaciones, recogió como pudo los trebejos de pesca y deseó buena suerte a las truchas que aquella noche no acabarían en su sartén. Luego emprendió el camino en dirección a la cabaña.

Realmente, era un chalet y se hallaba situado en un paraje muy ameno, sobre una colina, en torno a cuya base se enroscaba el río. La vista era magnífica desde aquella altura.

Cuando ya se acercaba a la casa, vio salir a una persona al porche.

Era una chica. Ella, seguramente, le había visto acercarse también.

—Hola —saludó Reynold al encontrarse junto a la escalera que condujía al porche—. Me he caído y una roca me ha cortado la mano. ¿Tiene elementos de cura en su casa, señorita?

—Por supuesto —accedió ella con una sonrisa—. Entre, se lo ruego.

Reynold apreció en el acto la esbelta figura de la joven, cuya edad calculó en unos veinticuatro o veinticinco años. Tenía el pelo muy negro, y los ojos, grandes y rasgados, lucían dos pupilas oscuras, de expresión observadora y perspicaz.

Dada la excelente temperatura del lugar, la muchacha vestía ligeramente: blusa sin mangas y pantalones cortos. Reynold entró en la casa y dejó los artefactos de pesca a un lado.

—Siéntese, por favor —indicó ella.

Reynold esperó unos minutos, hasta que la muchacha regresó con una bandeja en la que se veían vendas y desinfectantes.

—Perdón —dijo él—, no me he presentado. Tloth, Reynold Tloth.

—Encantada, señor Tloth —contestó la joven, mientras quitaba el vendaje provisional del miembro lesionado—. Yo soy Peggy Styles.

—Styles —repitió Reynold—. El apellido me suena.

—A mí me parece que su apellido también me es conocido —dijo Peggy.

—Bueno, quizá lea los periódicos. Hice un viaje a Marte, señorita Styles.

—Ya decía yo —replicó la muchacha, sonriendo—. Mi hermano viajó con usted. Se llamaba Mike.

—Mike Styles. Lo recuerdo.

Hubo un momento de silencio. Peggy, sin embargo, continuaba la cura.

—Malas noticias, ¿eh? —dijo Reynold al cabo, tras un ligero carraspeo.

—Sí —admitió Peggy, súbitamente seria.

—Usted tiene allí a un familiar. ¿No le han enviado ninguna comunicación oficial?

—No. La División Astronáutica de la O.N.U. no ha querido hacer todavía ninguna comunicación oficial. A fin de cuentas, sólo se dispone de la información de Tony Zeiss, harto confusa e

incompleta, como usted sabe.

—Y, además, hace solamente dos días que se obtuvo esa información. Sin embargo, resulta alarmante que Camp Vickary no dé señales de vida.

La herida estaba ya desinfectada. Peggy empezó a vendar la mano.

—Usted ha estado allí, capitán —dijo—. ¿No puede ocurrir alguna avería de la radio que impida las comunicaciones con el planeta?

—Puede, pero resulta sumamente improbable, señorita.

—¿Por qué?

—Hay varios transmisores, ninguno de los cuales podría averiarse sin que otro entrase en funcionamiento inmediatamente. Además, en el peor de los casos, está el planetoheliógrafo.

—¿Qué es eso? —preguntó Peggy, extrañada.

—Un aparato que funciona a base de rayos láser, basado en el principio del heliógrafo común y corriente. Sea cual fuere la distancia entre la Tierra y Marte, la comunicación óptica por morse podría establecerse sin ninguna dificultad. Pero incluso este medio ha fallado.

Peggy terminó el vendaje y se sentó, muy pálida.

—Eso significa que…

Reynold apretó los labios.

—Lo siento, señorita —dijo—. Conozco Camp Vickary y sé que hay un par de generadores que proporcionan luz y fuerza a la colonia. Si esos generadores, por la causa que sea, se han averiado…

—Ellos… estarán a punto de morir.

—Es muy probable que ya hayan muerto. Aparte del frío, habrá fallado el suministro de oxígeno.

Los labios de Peggy temblaron.

—Entonces no se puede hacer nada por Mike ni por ninguno de los que están allí —dijo.

—Créame —manifestó Reynold—, me gustaría darle esperanzas, pero sería absurdo. Usted es joven y fuerte y sabrá sobreponerse a la pérdida de su hermano.

Peggy asintió.

—Sí, capitán, le creo—. Inspiró profundamente—. He estado

oyendo la radio continuamente y las noticias que dan no son nada alentadoras. Desde que se dijo que Tony Zeiss…

La muchacha se interrumpió súbitamente.

Afuera sonaban pasos. Una voz ronca dijo algo ininteligible.

Reynold se puso en pie. Una silueta humana apareció en el umbral.

Los dos jóvenes se quedaron estupefactos al ver a aquel hombre que tenía las ropas desgarradas y aparecía con varias heridas en el cuerpo. La sangre se había secado y formaba costras allí donde se había producido ruptura de vasos sanguíneos.

Parte de su rostro estaba ennegrecido. Los ojos, sin embargo, brillaban de un modo extraño, como si el individuo estuviese presenciando algo horrible.

—Marte… es una base… de ataque…—jadeó el recién llegado, con voz apenas inteligible, a consecuencia de la hinchazón de su lengua y labios—. Quieren… destruir la Tierra… Marte es una base de ataque…

Aquellas palabras fueron altamente reveladoras para Reynold. Inmediatamente, adivinó la identidad del sujeto:

—¡Es Tony Zeiss! —exclamó.

CAPÍTULO II

¡Tony Zeiss ha aparecido!

Se supone que pudo escapar de la nave segundos antes de la explosión. Los bosques cercanos le sirvieron de refugio y, aturdido y enloquecido, vagó durante tres días, hasta encontrar unas personas caritativas que lo recogieron y, tras atenderle, lo transportaron hasta el hospital más próximo.

Actualmente, se encuentra internado en un hospital de la División Astronáutica de la O.N.U., pero el profundo «shock» en que se halla sumido, da pocas esperanzas a los médicos que lo atienden. Y si Zeiss no se recupera de ese «shock» será muy difícil saber qué pasó en Camp Vickary, puesto que todos los intentos de comunicación han fracasado rotundamente…

* * *

¿Qué hace el jefe de Astronáutica?
¿Por qué no alista una expedición de socorro
para acudir en ayuda de
CAMP VICKARY?

* * *

—Lo siento, caballeros. Ya he dicho cuanto sé al respecto. En mi opinión, las posibilidades de supervivencia de Camp Vickary son

mínimas… Sí, yo estaba presente cuando Zeiss llegó a la cabaña de la señorita Styles… ¿Cómo? No, no es cierto; se trata de una simple casualidad; yo había ido a pescar y… Sí, el hermano de la señorita Peggy forma parte de la colonia de Camp Vickary… ¿Que si conocía a Zeiss? Hombre, como nos conocemos todos los pilotos que hemos hecho algún viaje a Marte… No, no tengo nada que decirles, caballeros.

Al fin, Reynold pudo zafarse del acoso de los periodistas y entró en el ala del hospital destinada exclusivamente a Tony Zeiss. Detrás de él, un hombre de pomposo aspecto declaró que se estaba alistando una expedición de socorro.

—Pero deben comprender —dijo el jefe de astronáutica—, que sólo se enviaban dos naves anuales a Marte. Preparar una expedición de socorro no es nada fácil y sí algo muy complicado. Temamos todo planeado para la próxima expedición, que debía realizarse dentro de cuatro meses, pero este suceso imprevisto ha alterado nuestros planes por completo. Sí, claro; estamos trabajando a marchas forzadas…

Peggy estaba en la antesala de la habitación donde se hallaba Zeiss. Al ver a Reynold, cuya mano aún seguía vendada, se levantó y corrió a su encuentro.

—¿Alguna noticia? —preguntó.

Reynold le dirigió una mirada de simpatía.

—No, lo siento —contestó—. Supongo, sin embargo, que ya estará enterada de que se van a acelerar los preparativos de la expedición de socorro.

—Sí, pero ¿llegarán a tiempo?

—Sólo se podrá saber qué sucedió en Camp Vickary.

Peggy se mordió los labios.

—No quisiera llorar, pero me parece que en cualquier momento explotaré y…

Reynold le apretó cariñosamente el brazo.

—Sea fuerte —aconsejó.

Dos hombres, vestidos con bata blanca, salieron en aquel momento de la habitación del paciente.

—Imposible —dijo uno—. No creo que se recupere del «shock».

—La tensión del viaje y lo ocurrido allí resultó demasiado fuerte para él —dictaminó el otro médico.

—Y, por tanto, nos quedaremos sin saber qué pasó en Camp Vickary.

—¡Hombre!, hay un medio.

—Diga, querido colega.

—La electroencefalocámara del profesor Curton…

—¡Curton! ¡Menudo farsante! No le haga caso; ese invento es el más absurdo disparate que he oído en todos los días de mi vida.

Los médicos se alejaron. Reynold y la muchacha se miraron el uno al otro.

—¿Ha oído usted? —preguntó ella.

—Si, perfectamente. ¡Vaya manera de tratar a un colega!

Los ojos de Peggy brillaban de un modo singular.

—Reynold, ¿querría usted acompañarme? —preguntó.

El astronauta respingó.

—¿Adónde, Peggy?

—Quiero ver al profesor Curton —manifestó—. Mi hermano fue a Marte y no se sabe nada de lo que les sucedió a él y sus compañeros. Puede que ese chisme sea una vil engañifa, pero, ¿y si funciona?

Reynold frunció el ceño.

—En esta época de tantos adelantos, mofarse de la invención de un científico no resulta ni caritativo ni demuestra tampoco liberalidad de espíritu —dijo sentenciosamente.

—Lo mismo pienso yo —exclamó la muchacha—. Reynold, voy a hacer todo lo posible para que el profesor Curton emplee su electroencefalocámara en Tony Zeiss. Por eso le pedí antes que me acompañara. ¿Lo hará?

—Con mucho gusto —accedió Reynold.

* * *

—De modo que el doctor Copperfield dijo que yo era un farsante, ¿eh?

—Además de otras frases poco corteses para su aparato, profesor —contestó Peggy.

Curton soltó una risita.

Era un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura, fornido y con abundante cabellera, en la que no se veía todavía una

sola cana. Mientras conversaba con Peggy y Reynold, trabajaba activamente en una serie de aparatos que para Reynold, habituado a la complicación de una cámara de mando de una astronave, resultaban todavía mil veces más difíciles de entender.

Al fin, los preparativos quedaron terminados.

—Relájese, señorita Peggy —indicó Curton.

Peggy estaba echada sobre un cómodo diván, cuya cabecera había sido sustituida por un gran casco, en cuyo interior tema la cabeza. Del casco partían dos docenas de cables de todos los colores, que acababan en una gran caja metálica situada en uno de los costados de la estancia.

Al lado de la caja había una especie de pupitre de mando. Curton comprobó una vez más las conexiones y luego empezó a manipular en el teclado de control.

Pasados algunos minutos, dijo:

—Señorita Peggy, trate de recordar alguna escena en que tomasen parte usted y su hermano Mike. Concéntrese en ella, ¿ha entendido?

—Sí, profesor.

Reynold contemplaba con gesto expectante las operaciones. Ahora, se dijo, sabría si Curton era un farsante o un genio.

Varias lamparitas empezaron a oscilar en la gran caja metálica. Dentro de la misma se escuchaban ruidos muy atenuados de diminutos engranajes.

De pronto, una pantalla se iluminó sobre la caja.

Asombrado, Reynold vio a Peggy, en traje de baño, charlando con un joven apuesto, al borde de una piscina. Al fondo, se veían varias personas, en traje de baño la mayoría.

De pronto, el joven cogió a Peggy en brazos y la tiró a la piscina. Entonces, cuando ella estaba todavía en el aire, se oyó un «click» y la pantalla se apagó.

—Ya está —dijo Curton.

—¿Puedo levantarme, profesor? —preguntó la muchacha.

—Desde luego.

Peggy sacó la cabeza del casco y, ayudada por Reynold, se puso en pie.

Curton dijo:

—Esperen un minuto, por favor.

Reynold y Peggy aguardaron con la respiración en suspenso. De pronto, se encendió una luz verde.

Curton presionó una tecla. La máquina escupió una cartulina de tamaño postal.

—Usted pensaba en una fiesta, al lado de una piscina. Su hermano, jugando, la cogió en brazos y la arrojó al agua, ¿no es cierto?

Temblando, Peggy tomó la cartulina. Era una fotografía, y Reynold, que miraba por encima del hombro de la chica, pudo ver reproducida la escena que antes había contemplado en la pantalla.

La electroencefalocámara había fijado el momento en que Peggy salía despedida hacia el agua. Mike había quedado inmovilizado, todavía con los brazos extendidos y el cuerpo adelantado hacia el borde de la piscina.

—¡Dios mío! —exclamó Peggy, anonadada—. ¡Es verdad! Yo he pensado en la fiesta de despedida que dimos a Mike con motivo de su viaje a Marte… Bromeando, él me arrojó a la piscina…

Curton sonrió con benevolencia.

—En ese caso, si me autorizan, podremos saber qué ha ocurrido en Marte, si practicamos a Zeiss una electroencefalofotografía. O varias, hasta que conozcamos toda la verdad.

Peggy se volvió hacia Reynold.

—Hablaré con el doctor Copperfield —decidió—. ¿Querrá acompañarme?

—No faltaría más —respondió Reynold.

* * *

Copperfield, pomposo, escéptico y arrogante, examinó con infinita curiosidad los aparatos que Curton le mostraba. Reynold y Peggy aguardaban expectantes la decisión del médico que dirigía los trabajos de recuperación de Tony Zeiss.

Al fin, Copperfield, dijo:

—La señorita Styles me ha hablado tanto de su aparato, que no he podido por menos de acceder a comprobar su funcionamiento. El estado de mi paciente es sumamente delicado y no quiero acceder a su traslado, en tanto no tenga una garantía absoluta de que ese traslado va a dar sus frutos.

Curton sonrió calmosamente, a la vez que señalaba el diván:

—¿Por qué no hace usted mismo la prueba, doctor? —invitó.

Copperfield torció el gesto.

—¿No le gusta hacer de conejillo de Indias? Le aseguro que es completamente inofensivo, doctor —añadió Curton.

—Está bien —accedió Copperfield finalmente—. ¿Qué es lo que tengo que hacer, profesor?

—Tiéndase en el diván y meta la cabeza en el casco. Cuando yo se lo ordene, se concentrará profundamente en cualquier escena de su vida, la que mejor le cuadre. Le aseguro que la reproduciré fielmente, no sólo en movimiento en la pantalla, sino también en foto fija.

Copperfield no estaba demasiado convencido de que lo que decía Curton era verdad.

—Veremos —contestó escépticamente, mientras se tendía en el diván.

A los pocos momentos, Curton extraía la fotografía de la electroencefalocámara.

La imagen representaba a Copperfield charlando con su principal ayudante, doctor Méndez. Al fondo se veían a Peggy y Reynold.

En ese preciso momento, fue cuando el doctor Copperfield dijo a su colega que el profesor Curton era un farsante.

Copperfield enrojeció hasta las orejas.

* * *

Todo estaba listo para la exploración gráfica de los recuerdos de Tony Zeiss.

El paciente había sido trasladado con gran lujo de precauciones hasta el laboratorio del profesor Curton. Copperfield, convencido finalmente, había dado su autorización y, dada la complejidad de la maquinaria ideada por Curton, hubiera resultado largo y costoso trasladarla al hospital.

Era más fácil llevar a Tony Zeiss y así se hizo.

Asistían Copperfield, Méndez, el jefe de Astronáutica y otras personalidades, además de enfermeras y ayudantes. Reynold y Peggy se hallaban también presentes, tras haber solicitado permiso

al profesor Curton.

Con infinitos cuidados, Zeiss fue situado en el diván y su cabeza penetró casi por completo en el casco. En medio de un profundo silencio, Curton inició las operaciones.

El paciente estaba completamente inmóvil, las manos a lo largo de los costados y los ojos cerrados. Un médico y una enfermera constituían el equipo de urgencia, para el caso de que la operación causara algún daño imprevisto al enfermo.

Minutos más tarde, se iluminó la pantalla.

Un «¡Ah!» general brotó de todas las gargantas.

Menos de la del doctor Copperfield.

—¿Y eso es todo? —dijo.

La máquina grabó la imagen. Curton, visiblemente decepcionado, la recogió. Era idéntica, salvo en el tamaño, a la que había aparecido en la pantalla.

— No puede ser —murmuró sordamente—, no puede ser.

Pero sí era, y Curton, además, estaba íntimamente convencido de que el posible fallo no residía en su máquina.

Porque la electroencefalocámara había registrado fielmente lo único en que Zeiss pensaba en aquellos momentos.

Y Tony Zeiss pensaba en…

CAPÍTULO III

¡Un pie!

Sí, así como suena. O como se lee. Un pie.

Un pie descalzo, impresa nítidamente su huella en la arena marciana. La mente de Tony Zeiss piensa solamente en un pie.

El estado catatónico del paciente, que ha de ser alimentado por vía intravenosa y cánulas nasales, no puede ser más desesperante. El doctor Copperfield asegura que no corre peligro inminente de morir, pero que es muy probable que Tony Zeiss viva así el resto de sus días, convertido en una inanimada estatua de carne, la que, si los alimentos que se le administran médicamente le faltasen, moriría de inanición sin enterarse siquiera.

Hemos hablado con el profesor Curton y nos ha dicho que, pese al estado de Zeiss, podría intentarse una reactivación de su mente mediante tratamientos enérgicos y adecuados, que él podría llevar a efecto. Las autoridades médicas del Hospital de los Astronautas, sin embargo, se muestran escépticas al respecto y se duda mucho de que concedan la autorización necesaria para que Curton lleve a cabo sus proyectos.

Entretanto, prosigue el silencio de Camp Vickary y el misterio se centra ahora en una sola pregunta.

¿De quién es la huella que permanece tan obsesivamente en el subconsciente de Tony Zeiss, como único recuerdo de su estancia en Marte?

* * *

—¿Cree usted, profesor, que la mente de Tony está en condiciones de reactivarse?

—Sí, señorita Peggy —respondió Curton—. Lo creo sin ningún género de dudas.

—Entonces, ¿por qué no le permiten realizar un experimento con él? Peor de lo que está, ya no va a estar, ¿verdad?

—Así creo yo, tanto más cuanto que mi procedimiento no le causaría ningún daño físico.

Peggy meneó la cabeza.

—Copperfield es un gran médico, pero demasiado engreído. «Después de mí, nadie», parece que diga constantemente.

—En cierto modo, tiene razón —dijo Curton en tono de humildad—. Las técnicas avanzadísimas de la medicina actual han permitido logros fabulosos en todos los sentidos; y cuando un hombre como Copperfield no ha conseguido reanimar a Zeiss, dudo de que otro pueda hacerlo. Excepto yo, modestia aparte y no para demasiado tiempo, todo hay que decirlo.

—Pero conseguiría más electroencefalofotografías, ¿no?

—Así lo espero…

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Deje, profesor; yo abriré —se ofreció la muchacha.

Peggy cruzó el salón y abrió la puerta. Una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios en el acto.

—¡Hola, Reynold!

—Vaya —sonrió el joven—, miren quién está aquí. Peggy, me alegro de verla.

—Digo lo mismo —contestó ella—. ¿Quiere entrar?

—A eso he venido. ¿Qué tal, profesor?

—Encantado, muchacho. Siéntese por ahí; Peggy le servirá una taza de café.

—Después —contestó Reynold—. Antes quiero que se enteren de una cosa.

Enseñó el periódico que traía en las manos.

—¿No han escuchado la radio? —preguntó.

—No se nos ha ocurrido —contestó Peggy. De pronto, vio los grandes titulares del diario y lanzó un agudo grito.

* * *

¿Hay vida humana todavía en Camp Vickary?

Los observadores detectaron esta madrugada un gran resplandor, en el lugar aproximado donde deberían realizarse las emisiones con el planetoheliógrafo. El resplandor, que fue muy súbito e intenso, duró escasamente un segundo, al cabo de cuyo tiempo se extinguió y la superficie marciana volvió a la normalidad. Los expertos aseguran que tal vez algún superviviente provocó una explosión…

* * *

—¿Con qué? —preguntó Peggy—. Reynold, usted ha estado allí. ¿Qué hay en Camp Vickary susceptible de producir un resplandor visible desde la Tierra?

Reynold meditó unos momentos.

—No lo sé —contestó al cabo—. Podría hablarse de cierta cantidad de magnesio…, pero no lo hay más que en las bombillas de flash de las cámaras fotográficas de los científicos que vivían allí.

—Se necesitarían varias toneladas de magnesio puro y en polvo, a fin de hacer su combustión rápida y eficientemente luminosa —terció Curton.

—Entonces, nada, porque ni siquiera se podría pensar en un incendio de algún tanque de petróleo. Todos los vehículos de Camp Vickary se mueven mediante la electricidad, por baterías que se tienen constantemente cargadas y a punto.

—Un incendio total de campamento —sugirió Peggy.

—No, sería un resplandor muy pequeño. Además, los barracones son de aluminio…

Con aleación de magnesio, para aumentar su ligereza —dijo el profesor.

Reynold se volvió hacia Curton.

—Es verdad —concordó—. El metal de los barracones es aluminio mezclado con magnesio, pero… ¿hay suficiente cantidad

de magnesio para provocar el fogonazo que han captado los observadores?

El timbre del fonovisor sonó en aquel instante.

—Perdonen —dijo Curton.

Se acercó al aparato y dio el contacto. Instantes después, un rostro humano aparecía en la pantalla.

—¿Profesor Curton? Soy Peschare, jefe de Astronáutica. ¿Cómo se encuentra usted?

Encantado, general. ¿Puedo servirle en algo?

—Puede, profesor —respondió Peschare—. Usted ha asegurado que está dispuesto a reactivar la mente de Zeiss.

—Dispuesto a intentarlo, con razonables posibilidades de éxito, general.

—Muy bien, profesor; después de lo que se ha visto en la superficie de Marte, estamos dispuesto a intentarlo todo. Ese fogonazo es señal indudable de que hay supervivientes en Camp Vickary y de que se encuentran en un gravísimo apuro. No pueden utilizar la radio ni tampoco el planetoheliógrafo, pero de alguna forma consiguieron lanzar esa señal.

»Por tanto, debemos averiguar lo que sucede allí, sea como sea. Y mientras se alista la expedición de socorro, nos resultaría muy útil saber lo que pasó exactamente; en suma, las causas que obligaron a Tony Zeiss a abandonar de un modo tan extraño la base de Camp Vickary.

—Le comprendo perfectamente, general

—Hago esta petición en contra de los deseos de Copperfield, quien no cree en absoluto que Tony pueda decirnos nada. Yo voy a cargar con esta responsabilidad y por tanto requiero oficialmente sus servicios, profesor.

—Lo haré con mucho gusto —respondió Curton—. ¿Algo más, general?

—Sólo quiero saber una cosa: ¿Cuándo, profesor?

Curton meditó unos momentos.

—Mañana, a las nueve —respondió al cabo—. Antes me es materialmente imposible.

—De acuerdo, profesor; mañana a las nueve, iniciará usted los trabajos de reactivación de la mente de Tony, aunque para ello tenga yo que echar a patadas al doctor Copperfield.

Peschare cortó bruscamente la comunicación. Curton sonreía satisfecho.

—Lo conseguiré —declaró convencido.

Reynold levantó los brazos al cielo.

—¡Menos mal que se ve que hay una persona al menos que tiene sentido común! —exclamó.

Miró a Peggy y sonrió:

—Encontraremos a Mike —afirmó esperanzadamente.

* * *

La enfermera nocturna velaba al paciente, que continuaba con su inmovilidad de costumbre.

Las heridas de Tony Zeiss habían sanado, pero su mente continuaba sumergida en profundísimas tinieblas. Los esfuerzos de los científicos más reputados se habían estrellado contra aquel mal que parecía incurable.

En el hospital reinaba un silencio absoluto. La enfermera distraía su aburrimiento hojeando una revista de sociedad.

Un hombre se deslizó en completo silencio por el pasillo. Vestía abrigo negro y se cubría con un sombrero del mismo color. Sus ojos quedaban ocultos tras unas gafas ahumadas de grandes cristales.

El individuo llegó a la puerta del cuarto que ocupaba el paciente. Escuchó un momento y luego, con la mano izquierda enguantada en negro, abrió muy despacio.

No necesitó abrir toda la puerta; con veinte centímetros le bastaron. Sacó la mano derecha del bolsillo del abrigo.

Empuñaba una pistola con silenciador. Apuntó cuidadosamente a la cabeza del paciente.

«¡Plop!»

La enfermera, sobresaltada, levantó la cabeza al oír el ruido como de taponazo de botella de champaña. Vio la pistola y la mano enguantada del negro y lanzó un agudo chillido.

El asesino disparó de nuevo. Un segundo agujero apareció en el pómulo derecho de Zeiss, cuya cabeza se movió de un modo horrible.

Seguro de que había eliminado a su víctima, el asesino cerró la puerta. Cuando la aterrada enfermera quiso reaccionar y salir al

corredor, emitiendo estridentes chillidos de socorro, el asesino había desaparecido por completo.

* * *

¿Quién mató a Tony Zeiss?

¿POR QUÉ?

Aquí están las dos preguntas que hoy, invariablemente, se hacen todos nuestros lectores.

Se sabe que el general Peschare había resuelto, contra la voluntad del doctor Copperfield, hacer que el profesor Curton intentase la reactivación del cerebro de Zeiss.

Pero Curton no pudo empezar a actuar siquiera. La víspera del comienzo de sus trabajos, alguien metió dos balazos en el cráneo del infortunado Zeiss.

¿Hemos de pensar que el pobre piloto muerto tenía razón al decir que Marte es una base de ataque?

¿O se trata de alguna expedición, enviada secretamente por algún país, al margen de la O.N.U., con fines inconfesables y que no se alcanzan siquiera a las mentes más privilegiadas?

* * *

Furioso, Reynold lanzó el periódico al suelo.

—Ni ese recurso nos queda ya —dijo.

Peggy sollozaba quedamente.

La muerte de Zeiss había aventado sus últimas esperanzas. En Marte, no se había hecho ya más señales.

—Si pudiera ir allí —murmuró Reynold, paseándose por la estancia a grandes zancadas.

—Eso es sólo un sueño —dijo Peggy.

—Sí, un sueño —reconoció él.

Y aunque pudiera hacerlo realidad, ¿qué conseguiría?

La expedición terrestre de socorro no estaría alistada antes de

dos semanas. Marte distaba de la Tierra, en el momento actual, unos doscientos veinte millones de kilómetros.

Derrochando combustible y corriendo todos los riesgos imaginables, la nave de rescate tardaría en alcanzar Camp Vickary unos dos meses.

—Y para entonces —resumió Reynold sus amargos pensamientos —, cualquier posible superviviente estará ya muerto.

CAPÍTULO IV

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Permítame, Peggy —rogó el joven.

Reynold había ido a visitar a Peggy, con objeto de infundirle ánimos, pues sabía que después de la noticia de la muerte de Zeiss, la muchacha tenía que haber quedado sumamente deprimida. Sus presentimientos eran ciertos.

Abrió la puerta. La figura del profesor Curton se recortó en el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó cortésmente.

—Entre, profesor —accedió Reynold—. Peggy.

La muchacha se levantó y se acercó a saludar al recién llegado.

—¿Cómo está, profesor?

—Hola, Peggy —dijo Curton—. Veo que no hay caras demasiado alegres aquí, ¿verdad?

Reynold hizo una mueca.

—Figúrese —contestó.

—Le traeré una taza de café, profesor —ofreció Peggy.

Curton se dejó caer en un sillón.

—Estoy preocupado —declaró.

—¿Todavía más cosas, profesor? —preguntó Reynold.

— No, no se puede decir que el asunto haya variado demasiado, si exceptuamos el asesinato del pobre Zeiss.

—La gente se pregunta por qué lo han matado. ¿Había alguien que temía sus revelaciones, caso de que usted hubiese conseguido reactivar su mente?

Curton dirigió una mirada al joven.

—Usted sospecha algo por el estilo de lo que acaba de decir, ¿no es así?

—¿Y qué otra cosa se puede figurar una persona con dos dedos de frente?

—Sí, es verdad —admitió Curton pensativamente—. Pero también me preocupa lo que pudo pasar en Camp Vickary.

—Hasta dentro de dos meses y medio, no se sabrá.

Peggy entró en aquel momento con una bandeja.

—¿Algo nuevo, profesor? —inquirió, mientras llenaba las tazas.

—Dice que alguien cerró la boca de Zeiss por motivos de su propia seguridad —se anticipó Reynold a la respuesta de Curton.

Peggy se quedó parada.

—¿De veras lo cree usted así, profesor?

—Estoy absolutamente convencido de ello —confirmó el aludido.

—Pero, en tal caso, ¿quién lo hizo?

Curton levantó el dedo índice.

—Antes de contestar a esa pregunta, formulemos otra —dijo—. ¿Quién tenía facilidades absolutas para entrar y salir en el hospital a cualquier hora sin ser molestado?

Un súbito silencio se desplomó sobre la estancia. Reynold y Peggy intercambiaron una mirada.

El profesor terminó su copa. Luego, se puso en pie, caminó hasta la ventana próxima y juntó sus manos a la espalda, mientras contemplaba el cielo con aire absorto.

— ¡Marte, qué lejos y qué cerca estás! —dijo, para pasmo y asombro de la pareja.

* * *

El doctor Copperfield residía en las afueras de la ciudad, en una elegante villa alquilada a un millonario que había dejado de serlo al fracasar sus negocios.

La villa estaba rodeada por un frondoso jardín. A favor de las sombras, Reynold Tloth avanzó cautelosamente hacia una de las ventanas del piso bajo, donde sabía que el galeno tenía su despacho particular.

Reynold se había vestido enteramente de negro para la ocasión.

Pendiente del cinturón, llevaba una bolsita con algunos adminículos que estimaba podían serle necesarios.

Previamente había estudiado la disposición del edificio. Copperfield vivía solo con su ama de llaves, el dormitorio de la cual se hallaba situado en el piso superior, en el lado opuesto.

Reynold alcanzó la base del edificio. De pronto, oyó un ruidito y retrocedió para guarecerse tras la próxima esquina.

Entonces, su espalda chocó contra un obstáculo inesperado. Detrás de él, sonó un grito ahogado.

Reynold se volvió rápidamente.

—¡Peggy! —exclamó, en el colmo del asombro—. ¿Qué hace usted aquí?

La muchacha tenía una mano sobre el pecho. Con la otra le hizo señas de que la permitiese recuperarse. Se había quedado sin habla.

—Me… menudo susto me he llevado —confesó a los pocos momentos.

Reynold estuvo a punto de echarse a reír.

—El susto ha sido mutuo —dijo de buen humor—. ¿Cómo se le ha ocurrido…?

—He pensado lo mismo que usted —replicó ella—. Creo que nos comprendemos, ¿verdad?

—En efecto.

Reynold contempló unos instantes a la muchacha, que vestía un jersey negro y pantalones del mismo color. Luego, sonriendo, dijo:

—Bien, creo que ha llegado el momento de entrar en la casa, ¿no?

—Vamos, Reynold.

El joven se acercó a la ventana. Probó el bastidor y pudo levantarlo sin demasiadas dificultades.

El antepecho quedaba a la altura de su barbilla, al encontrarse el suelo de la planta baja a cosa de un metro sobre el del jardín. Reynold se izó ágilmente, entró en el edificio y luego, volviéndose, tendió ambas manos para ayudar a la muchacha.

Acto seguido y mientras ella corría las cortinas, Reynold encendió una linterna y la paseó por la estancia.

—Hay más cortinas —indicó.

Peggy las corrió todas. Entonces, Reynold encendió la lámpara de la mesa de despacho.

—Peggy, ¿se imagina lo que busco? —preguntó, sentándose en el sillón que ocupaba Copperfield cuando trabajaba en su casa.

—Sí, me lo imagino.

—En ese caso, no perdamos más tiempo. Reynold probó los distintos cajones de la mesa de despacho. Todos se abrían, menos uno, cerrado con llave.

—Bien, probaremos aquí —dijo Reynold.

Sacó un destornillador y forcejeó unos minutos. De pronto, se oyó un chasquido y la cerradura cedió.

Reynold tiró del cajón. Una pistola, con su silenciador, apareció ante los ojos de los dos jóvenes. Peggy lanzó una exclamación.

—Es increíble, Reynold.

El joven sacó el cajón casi por completo. En el fondo había un par de guantes de piel negra.

—Entonces, Copperfield es el asesino de Zeiss —dijo Peggy, sumamente conturbada por el descubrimiento.

—Si lo desea, se lo confirmaré personalmente —declaró en aquel momento la voz del aludido.

* * *

Reynold y Peggy levantaron la vista al mismo tiempo. La muchacha lanzó un hondo suspiro al ver que Copperfield empuñaba un revólver.

—No toque esa pistola, señor Reynold —advirtió el médico.

Reynold se puso en pie.

—De modo que usted lo mató —dijo.

—Sí —admitió Copperfield con desenvoltura—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Doctor —respondió Reynold—, ¿quién, si no usted, podría entrar y salir del hospital a las tantas de la madrugada sin que nadie le prohibiese el paso? ¿Quién había demostrado una acérrima hostilidad hacia los métodos del profesor?

—Un farsante —declaró Copperfield con obstinación.

—¿Quién de los dos es un farsante? ¿Curton, que busca la verdad… o usted, que trata de evitar esa búsqueda?

Copperfield apretó los labios.

—No tengo que dar explicaciones a nadie de mi conducta —

respondió.

Salvo a la policía.

—¿De veras?

El médico sonreía con burla.

—¿Cree que va a poder llamar a la policía? —insistió.

Reynold hizo un gesto con las manos.

—Nos tiene en su poder —confesó.

—Así es —dijo Copperfield—. Y la policía vendrá, pero sólo encontrará los cadáveres de dos ladrones.

Peggy se estremeció.

—Va a matarnos —dijo.

—Mi querida señorita Styles, eso es exactamente lo que pienso hacer —confirmó el médico con singular cinismo.

—Se meterá en un buen lío —advirtió Reynold.

—Del que saldré sin lugar a dudas, créame.

—Bueno, es probable, pero debe saber que hay quien tiene conocimiento de nuestra estancia en su casa, doctor.

Copperfield se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo? —barbotó.

—El profesor Curton sabe que estamos aquí —manifestó Reynold, impertérrito—. Es más, probablemente ha ido al hospital donde puede que en su vestuario particular encuentre un sombrero y un abrigo negros. Ahora, tire contra nosotros y mátenos… y ya me dirá cómo justifica ante la policía el asesinato de Tony Zeiss.

Copperfield hervía de cólera.

—Ése será mi problema —gritó, a la vez que levantaba la mano para disponerse a apretar el gatillo.

Pero en el mismo instante, un objeto revoloteó por los aires y le alcanzó en el pecho, haciéndolo trastabillar. Copperfield lanzó una espantosa maldición y luchó por recobrar el equilibrio primero y el revólver después.

—El arma se le había escapado al recibir el impacto de la escribanía que Reynold le había lanzado. Reynold saltó hacia el revólver, pero la distancia era excesiva, y Copperfield, recuperado, llegó primero.

El revólver apuntó de nuevo al cuerpo de Reynold. En aquel instante, se oyó un estampido.

Copperfield se tambaleó, con la sorpresa retratada en su rostro.

Las piernas le flaquearon de repente y acabó por derrumbarse sobre la alfombra.

Enormemente asombrados, Reynold y Peggy volvieron la vista.

Varios hombres, algunos de ellos uniformados, irrumpían por las ventanas del despacho. Uno de ellos se acercó a la pareja:

—Soy el teniente Squarron —se presentó—. ¿Han sufrido algún daño?

—Sólo el susto, teniente —sonrió Reynold—. Pero ¿cómo han llegado tan oportunamente?

—Recibimos una llamada anónima. Se nos dijo que aquí podríamos encontrar el arma que sirvió para dar muerte a Tony Zeiss.

—Aquí está, teniente —declaró en aquel momento uno de los policías.

Squarron lanzó una mirada a la pistola con silenciador.

—No nos han engañado —dijo—. En un principio, creímos que se trataba de alguna broma pesada, pero nuestro comunicante nos señaló que sólo un médico podía tener facilidades de acceso al hospital a altas horas de la madrugada.

—Y así ha sido —contestó Reynold—. Teniente, ¿oyó usted nuestra conversación?

—Sí, hemos escuchado unas cuantas frases sumamente reveladoras—. Squarron se acarició la mandíbula con gesto pensativo—. Me pregunto por qué Copperfield, un médico de fama mundial, cometió una acción tan inexplicable.

Reynold suspiró.

—Ahora está ya muerto y no puede dar explicaciones… pero opino que los celos profesionales pudieron en él más que otra consideración, teniente.

Squarron estaba enterado de la historia e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es la única explicación viable. Pero ¡qué seres tan curiosos estos científicos! Son como chiquillos en algunos aspectos…

—Si Tony Zeiss pudiera hablar, no diría que Copperfield se había portado como un chiquillo precisamente —contestó Reynold —. Teniente, ¿podemos marcharnos la señorita Styles y yo?

—Desde luego, aunque mañana habrán de ir a mi despacho para declarar en el informe que he de presentar.

—No faltaremos —aseguró Reynold.

Tomó el brazo de la muchacha y se dirigió hacia la puerta.

En el exterior de la casa, se detuvo y dijo.

—Peggy, ¿de veras fueron los celos profesionales el móvil que impulsó a Copperfield a cometer su crimen?

Peggy levantó los ojos al cielo.

—No lo sé, Reynold —contestó—. Pero lo que más me preocupa en estos momentos es saber si hay supervivientes en Camp Vickary.

Reynold no dijo nada. En su fuero interna, sin embargo, estaba convencido de que, en aquellos momentos, no quedaba nadie con vida en la colonia marciana.

CAPÍTULO V

El timbre del fonovisor repiqueteó de súbito.

Reynold despertó sobresaltado. Se había tendido en un diván, en su apartamento, después de haber almorzado, y sin darse cuenta, se había quedado dormido.

Alargó el brazo y dio el contacto.

—Hable —dijo—. Soy Tloth.

Una voz conocida brotó a través del altoparlante.

—Reynold, haga el favor de mirar a la pantalla. Verá un pequeño mapa con ciertas indicaciones. Acuda al lugar señalado con una X. Eso es todo, muchas gracias.

Sobresaltado, Reynold se sentó y dirigió la vista a la pantalla. Tras unos instantes de sorpresa, buscó papel y lápiz y copió puntualmente todos los signos gráficos dibujados en el mapa. Al cabo de unos minutos, la pantalla se apagó y Reynold cerró el contacto.

Se mordió el labio inferior, profundamente preocupado. La voz pertenecía a Curton, no cabía la menor duda.

Pero ¿por qué no había añadido más detalles?

Había una explicación: Curton le recomendaba discreción. Por tanto, debía dirigirse al lugar indicado con el mayor sigilo posible.

El timbre del aparato sonó de nuevo.

Ahora, Reynold contempló la cara de Peggy.

—¿Ha visto usted, Reynold? —preguntó ella.

—Usted se refiere al mapa, ¿no es así?

—En efecto. ¿Piensa acudir?

—Sí. Usted también, me imagino.

—Por supuesto, Reynold. Pero le he llamado para sugerirle que debiéramos ir juntos.

—No hay inconveniente, Peggy. Si le parece bien, ahora mismo pasaré a buscarla por su casa.

—De acuerdo, Reynold; le estaré aguardando. Dígame —rogó ella—, ¿qué impresión tiene usted acerca de esta llamada? Es de Curton, indudablemente, pero ¿tiene algo importante que comunicarnos?

—Peggy —contestó Reynold en tono solemne—, si no fuese así, el profesor no nos habría enseñado el mapa. ¿Comprende?

—Si, Reynold. Por favor, dese prisa; me consumo de impaciencia.

Reynold sonrió.

—Procuraré llegar lo antes posible —prometió.

* * *

Las potentes bombas trasvasaban el combustible líquido a los gigantescos tanques de la astronave de socorro que debía partir hacia Marte en un plazo muy breve. La actividad en el astropuerto era incesante.

En el punto de lanzamiento, la nave, colosal, brillante, alzaba su pesada estructura a ciento sesenta metros sobre el suelo. Mientras los tanques recibían su carga de combustible, otros vehículos transportaban la carga de alimentos y socorros que se precisarían para aliviar la penosísima situación en que se suponía estaban los supervivientes de Camp Vickary.

De repente, un chorro de gas blanquecino brotó a elevada presión de una de las mangueras de trasvase. Una sirena de alarma aulló en el acto.

Los operarios se precipitaron sobre el lugar de la avería, intentando taponar la brecha. La salida del gas procedente del líquido vaporizado, al contacto con la atmósfera, se hizo irresistiblemente impetuosa.

El pánico cundió en pocos momentos y la gente se dispersó enloquecidamente. Alguien estaba haciendo una soldadura a cien metros y el individuo, abandonando el soldador encendido, escapó, como todos, en busca de un refugio en los blocaos de observación.

Parte del gas, arrastrándose por el suelo, llegó al soldador. Entonces, se inflamó.

Las llamaradas retrocedieron velozmente hacia la manguera, al propagarse el fuego. Las llamas, a través del conducto, penetraron hasta el gigantesco tanque de transporte, que explotó segundos más tarde con aterrador estampido.

Dentro de la nave, en el tanque a medio llenar, se produjo otra explosión. Enormes trozos de plancha metálica salieron despedidos a gran distancia.

Parte del andamiaje se riño abajo. La nave, envuelta en humo y fuego, osciló violentamente y acabó por caer al suelo, haciendo retemblar la tierra a enorme distancia.

El incendio duró muchas horas. Pero antes de que se extinguiera, todos se sabían ya que la expedición de rescate había sufrido un gravísimo retraso.

* * *

¡HA SIDO UN SABOTAJE!

Declara el general Peschare, jefe de la División de Astronáutica de la O.N.U. Un accidente completamente intencionado, afirman también todos.

Por fortuna, no se produjeron víctimas de gravedad, pero los planes para el rescate de los habitantes de Camp Vickary han sufrido un retraso importantísimo. Se calcula que antes de dos meses no estará lista una nueva astronave, los trabajos de alistamiento de la cual serán estrechamente vigilados…

* * *

Reynold detuvo su automóvil, consultó el mapa y luego paseó la vista a su alrededor.

—Aquí es, más o menos —dijo.

Sentada a su lado, Peggy hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, yo también lo creo.

El lugar estaba completamente desierto. En el mapa se indicaba una colina de forma un tanto extraña: como un medio anfiteatro o una herradura de tamaño colosal. Ahora estaban ellos casi en el centro del círculo ideal que habría formado la colina de ser un cráter volcánico.

Las paredes de la colina, cuyo lomo alargado se alzaba a unos doscientos metros sobre las cabezas de la pareja, eran casi verticales, con profundas grietas causadas por erosión en algunos puntos. La cresta de la colina, casi plana, estaba sin embargo cubierta de hierba, con algunos árboles.

—Bueno, pero aquí no sale nadie a recibirnos —dijo Peggy, desconcertada.

Reynold se apeó del vehículo. El anfiteatro, orientado hacia el sur, proporcionaba abrigo contra los vientos dominantes. Por la misma razón, era como una especie de cazuela en la que reinaba una temperatura sofocante.

El silencio era total. Reynold no se sentía menos perplejo que la muchacha.

De pronto, en la base de la colina, se vio un destello.

—¡Allí, Reynold! —gritó Peggy.

El destello se repitió varias veces.

—Parece una llamada…

Reynold tomó la mano de la muchacha. Sorteando los obstáculos, corrieron hacia la base de la colina.

Al llegar al pie de los murallones, vieron una especie de túnel de unos dos metros de anchura por otro tanto de alto. Reynold y Peggy se detuvieron, impresionados a su pesar.

—Vamos, muchachos —la voz del profesor sonó persuasiva—. Entren, no teman nada.

Peggy y Reynold se adentraron por el túnel. La oscuridad les envolvió solamente durante unos segundos.

Luego se transformó en un resplandor cuya intensidad aumentaba gradualmente. A unos cien pasos de la entrada, se encontraron bajo las rocosas bóvedas de una gigantesca caverna, en la que encontraron frente al más increíble espectáculo que habrían soñado contemplar.

* * *

—El profesor Curton sonreía complacido.

—¿Habían visto alguna vez una cosa semejante? —preguntó.

Reynold y Peggy estaban mudos de asombro.

Aquel enorme aparato, que medía unos ciento veinte metros de longitud por treinta o más de altura, tenía la forma de un pez de morro muy agudo, aplanado, casi de pico de pato, con dos altas aletas verticales hacia la popa, de contornos suavemente redondeados y de estructura alargada, ya que empezaban a unos cuarenta metros del filo terminal, lo que les daba una longitud equivalente a un tercio de la nave.

En distintas partes del casco se veían algunas series de ventanillas, principalmente en la proa. Salvo las aletas verticales, no se veía ningún otro saliente o protuberancia en el casco del singular artefacto.

La nave no se parecía en nada a ningún aparato construido en la Tierra. Reynold concibió una vaga sospecha acerca de su origen, aunque, discreto, prefirió guardar silencio por el momento.

—¿Es suya, profesor? —preguntó Peggy al cabo de unos momentos.

—Desde luego —admitió el aludido.

—¿La ha construido usted? —Era Reynold quien hacía la pregunta.

—En su mayor parte, no; pero en los últimos tiempos resultó preciso hacer modificaciones y tuve necesidad de buscar ayuda.

—¿Ayuda? —repitió la muchacha.

Antes de que Curton pudiera contestar, varías personas se hicieron visibles, saliendo por una escotilla próxima situada casi a ras del suelo.

—Mis ayudantes —presentó Curton. Reynold observó con sorpresa que había una mujer de edad cercana a la cuarentena y todavía muy bella—. Luke Álvarez…

—¿Qué tal? —saludó el aludido.

—Igor Petrov —siguió Curton.

—Hola. Bienvenidos.

—Y Dean Morris —era el último de los tres hombres.

—Es un placer —dijo Morris.

Faltaba la mujer. Curton hizo una señal, y ella avanzó un paso,

permitiendo que el profesor rodeara sus hombros con un brazo.

—Mi esposa Thella.

—Celebro conocerles —dijo Thella Curton con voz grave y melodiosa al mismo tiempo.

—Señora… —se inclinó Reynold.

Peggy miró al profesor.

—Usted no nos había dicho que estaba casado —manifestó.

—Tal vez lo olvidé —contestó Curton sonriendo.

Thella sonreía también.

—Quizá no era interesante decirlo entonces —expresó enigmáticamente.

—El reacondicionamiento de la nave podría haber sufrido graves contratiempos —añadió Curton.

—Si usted lo dice, profesor… —murmuró Reynold—. Ahora, por favor, haga explotar la bomba.

—¿Qué quieres decir, Reynold? —preguntó la muchacha, sorprendida.

—Peggy, su amigo es muy listo —dijo Curton de buen humor—. Sí, ésta es la nave que ya se encuentra casi dispuesta para zarpar rumbo a Marte.

* * *

Peggy se pasó una mano por la frente.

—He oído bien, imagino —dijo con voz débil.

—No tiene ningún defecto en los tímpanos —contestó Curton—. Iremos a Marte y averiguaremos qué ha sido de Camp Vickary. Reynold ha sabido adivinarlo desde el primer momento, ¿no es cierto?

—El joven hizo un signo de asentimiento.

—Sí, profesor —admitió—. ¿Cuándo?

—Cuarenta y ocho horas, no más —respondió Curton.

—Imagino que a bordo habrá toda clase de provisiones y para un largo período de tiempo además.

—Así es.

—Pero nosotros necesitamos prepararnos —alegó Reynold.

—Hay ropas a bordo —intervino Thella.

—Se trata de algunos objetos personales que desearía llevar

conmigo —precisó Reynold.

—No hay inconveniente —accedió Curton—. Pueden regresar ahora y estar de vuelta mañana. Es decir, usted, capitán Tloth. porque ignoro si la señorita Peggy querrá venir con nosotros.

—¡No me perdería ese viaje por nada del mundo! —exclamó la chica con gran vehemencia.

—En ese caso, no se hable más. Yo podría haberles propuesto el viaje en mi casa, pero preferí hacerles venir aquí. De este modo, se han convencido de que no hay fantasía en mis palabras.

—Le hubiéramos creído de todas formas…

Curton sonrió con benevolencia.

—La verdad entra mejor por los ojos que por la palabra —contestó—. Bien, muchachos, no pierdan más tiempo y regresen, para estar preparados cuanto antes.

—Sí, profesor —dijo Reynold. De pronto, se acordó de una cosa y añadió—: ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro.

—La policía acudió a casa de Copperfield a causa de una llamada anónima. ¿Me equivocaría mucho si afirmara que fue usted el autor?

—Curton sonreía ampliamente.

—Antes dije que usted es muy listo y no me equivoqué —respondió.

CAPÍTULO VI

Peggy permanecía callada.

Reynold, que conducía el automóvil, observó el silencio de la muchacha.

—¿Le sucede algo? —preguntó.

—Estoy preocupada —declaró ella.

—¿A causa de su hermano?

—En parte sí, pero procuro no ponerme nerviosa, porque mi preocupación acerca de Mike no mejorará su situación, si es que todavía vive.

—Excelente forma de pensar —aprobó Reynold—. ¿Cuál es el otro motivo?

—El profesor. Su esposa. Sus ayudantes. Su rivalidad con Copperfield. ¿Quiénes son? ¿Qué pretenden? ¿Cómo es posible que unas personas, de manera enteramente particular, hayan construido un aparato semejante?

Reynold hizo una ligera pausa. Luego contestó:

—A mí se me está ocurriendo una hipótesis, Peggy. Le ruego no me considere un chiflado cuando se lo diga.

—No, Reynold, creo que ya no me extrañará nada. ¿Qué es?

—Curton, su esposa y sus ayudantes: ¿Son terrestres?

Peggy inspiró profundamente.

—¿Quiere decir que son seres nacidos en otro mundo distinto del nuestro?

—Ésa es la descripción exacta de su origen, Peggy —contestó Reynold.

—Si —convino ella pensativamente—. Es la única forma de

explicar algunas cosas…

—La electroencefalocámara, por ejemplo.

—Y la nave en la cual vamos a ir a Marte.

—Pero eso no explica cómo llegó a la Tierra.

Peggy suspiró.

—Reynold, tendremos que aguardar a que el profesor quiera explicarnos algunas cosas que para nosotros permanecen todavía sumidas en el más profundo misterio. ¿No cree?

—Sí, Peggy.

Poco más tarde, Reynold dejaba a la muchacha en la puerta de su casa.

—¿Cuándo vengo a buscarla? —preguntó.

—Estaré lista mañana, a las siete en punto.

—Entonces, hasta mañana a las siete, Peggy.

Reynold arrancó de nuevo. Iba a ser una aventura excitante, se dijo, mientras guiaba el vehículo en dirección a su domicilio.

Por cierto, y no se lo había preguntado aún al profesor: ¿Qué tiempo invertía la astronave en el viaje hasta Marte?

* * *

Estaba terminando de preparar el equipaje, cuando, de pronto, llamaron a la puerta.

Frunciendo el ceño, Reynold abandonó su tarea y salió del dormitorio. Abrió la puerta y se encontró ante dos hombres de uniforme.

—¿Señor Tloth? —preguntó uno de ellos, con galones en las mangas.

—Sí —admitió Reynold, alzando las cejas—. ¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Soy el sargento Regg, señor. El teniente Squarron me ha enviado con objeto de conducirle a usted a su presencia. Tiene que hacerle algunas preguntas, relacionadas con la muerte del doctor Copperfield.

—Pero… ya estuve a declarar…

—Lo siento, señor Tloth; es todo lo que puedo decirle —contestó Regg.

Reynold lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien —dijo—. Perdonen un momento; estaré listo en seguida. Siéntense mientras termino de arreglarme.

—Gracias, señor Tloth.

Reynold se puso rápidamente ropas de calle. Mientras lo hacía, se dijo que sólo cabía esperar que el teniente Squarron fuese rápido en su interrogatorio.

Minutos más tarde, salía a la calle en unión de los policías. El agente ocupó el puesto del conductor, mientras que el sargento Regg se sentaba a su derecha.

El coche arrancó. A poco de hallarse en movimiento, Regg sacó un cigarrillo y lo encendió.

Distraído, Reynold no concedió importancia al detalle. El sargento dio dos o tres chupadas al cigarrillo y, de pronto, lo situó ante la cara del joven.

Un fuerte chorro de vapor brotó de la lumbre del cigarrillo y dio de lleno en la cara de Reynold.

—¿Eh? ¿Qué…?

Reynold tosió espasmódicamente un par de veces.

Quiso luchar contra la sensación de desmayo que le había acometido de una manera casi instantánea, pero, de pronto, notó que todo oscurecía a su alrededor.

En la fracción de segundo que tardó en dormirse, comprendió que el teniente Squarron no tenía nada que preguntarle. Pero, en cambio, había otras personas que si querían hacerle preguntas.

¿Preguntas?

¿Qué… pre… gun… tas…?

* * *

La sensación de sueño se disipó rápidamente.

Reynold abrió los ojos, sintiendo un ligero vértigo que, no obstante, se le pasó a los pocos momentos. Entonces se dio cuenta de que estaba acostado sobre un lecho.

Se sentó. Con ojos asombrados, paseó la vista a su alrededor, estudiando el interior de la habitación en que se hallaba.

Era un cubículo de forma cuadrada y de unos cuatro metros de lado, de paredes desnudas y con la cama como único mueble. A su derecha divisó una pequeña puerta.

Se puso en pie. La puerta daba a un cuarto de baño sin ventilación alguna. Reynold calculó que la renovación del aire debía de hacerse por medio de conductos muy bien disimulados en las paredes.

Tenía sed y bebió un poco de agua, directamente del grifo del lavabo. Luego regresó a su encierro y se sentó en la cama.

Las preguntas se atropellaban en su mente.

¿Quiénes le habían secuestrado?

¿Por qué?

¿Cuál era el objeto de sus secuestradores?

¿Dónde estaba?

De pronto sonó una voz.

—Capitán Tloth.

Reynold se volvió instintivamente hacia el lugar donde había brotado la voz, a través de un altoparlante hábilmente disimulado en el muro de cemento.

—¿Se encuentra bien, capitán? Conteste en tono normal, sin temor alguno; yo le oiré perfectamente.

Reynold se pasó una mano por la frente.

¿Estaba soñando?

¿La droga hipnótica contenida en el humo del cigarrillo del sargento Regg, producía alucinaciones?

Porque a menos que él estuviese sometido a una extraña alucinación, aquella voz era…

Sonó una risita irónica.

Sí, capitán Tloth; soy el doctor Copperfield —confirmó el individuo que hablaba desde un punto invisible para el prisionero.

* * *

La pared situada frente a la cama desapareció silenciosamente. Reynold se halló ante una prolongación de la estancia, en la cual, sentado en un cómodo sillón, se encontraba el doctor Copperfield.

Regg y el otro esbirro se hallaban a ambos lados del galeno, quien sonreía con cierto aire de superioridad. Copperfield permanecía en una posición indolente, con una copa mediada de licor en la mano derecha.

—Creyó que yo estaba muerto, ¿no es verdad, capitán?

—Bueno —dijo Reynold, tras un ligero carraspeo—. La verdad es que se le dio oficialmente por muerto.

—Y mi «cadáver» fue llevado al depósito.

—Supongo.

—Pero ahora estoy aquí, vivo y delante de usted, capitán.

—Sí, doctor. Y, además, imagino, dispuesto a consumar lo que no pudo lograr la última vez que nos vimos.

—Tal vez exagera usted un poco —manifestó Copperfield—. Quizá le perdone la vida, a cambio de su cooperación, claro.

—¿De veras?

—Soy formal en mis tratos, capitán.

—Eso es algo que está por ver, doctor.

—Escéptico, ¿eh?

—Con respecto a usted, desde luego. Todavía recuerdo lo que quiso hacer conmigo en nuestra última entrevista.

—Nadie está libre de una alteración momentánea de la estabilidad emocional, capitán. En aquellos momentos, yo estaba furiosísimo, lo admito.

—Bien, dejemos esto a un lado, doctor. ¿Por qué asesinó usted a Tony Zeiss?

—¿Es que no se lo imagina?

—A medias nada más, doctor.

—Bien —contestó Copperfield—, tal vez me sienta inclinado a abrirle mi corazón… si usted coopera conmigo.

—Todavía no me ha pedido nada, doctor —observó Reynold.

Copperfield se pegó una palmada en la frente.

—¡Es verdad! ¡Qué distraído soy! —exclamó—. Capitán, ¿tiene usted la bondad de indicarme dónde está la astronave del profesor Curton?

* * *

Conque era eso, se dijo Reynold, mientras trataba de digerir el sentido de la pregunta de Copperfield.

¿Para qué quería conocer el emplazamiento de la astronave de Curton?

¿Tal vez para destruirla?

—Bien, capitán, ¿qué me responde usted? —preguntó

Copperfield, en vista del silencio de su prisionero.

—¿Qué pasaría si me negase a contestar?

—Tendría que obtener la respuesta por otros medios, capitán.

—¿Tortura?

—No sería necesario —dijo Copperfield.

—¿Un sondeo mental?

—Exactamente.

—Bueno, ¿por qué no lo intenta?

—Por la sencilla razón de que luego tendría que matarle y aún espero que usted recapacite y llegue a cooperar conmigo con plena voluntariedad.

Reynold se sobresaltó.

—¿Matarme? —repitió.

—Sí. ¿De qué serviría dejar a un hombre que viviese como un vegetal? —contestó Copperfield con acento estremecedor—. Mi sondeo mental obtendría de usted toda la información que preciso, pero su cerebro quedaría destruido psíquicamente de una manera irreparable.

Reynold sintió frío al escuchar aquellas palabras.

—Curton es mi amigo —dijo—. No puedo traicionarle.

Copperfield hizo un gesto con la mano.

—La resistencia humana tiene ciertos límites —replicó.

—Pero…

—Basta —cortó el galeno—. Capitán, voy a darle tres horas de plazo para que reflexione. Pasado ese tiempo, si no accede a contestarme voluntariamente, le forzaré a ello por otros métodos.

Reynold apretó los labios.

—Tendrá mi respuesta cuando haya transcurrido ese plazo, doctor —contestó—. Pero antes me gustaría saber una cosa.

—¿Sí, capitán?

—Usted murió a tiros. Yo lo vi. ¿Cómo ha «resucitado»?

Copperfield soltó una suave risita.

—Mi muerte fue sólo aparente. Unos fieles fueron por la noche al depósito de cadáveres, pusieron otro en mi lugar, al que previamente habían modificado las facciones, y luego me trajeron aquí para reanimarme.

Reynold se quedó pasmado.

—¿Es posible revivir después de haber recibido un balazo en el

corazón? —exclamó.

—Creo que yo soy la mejor prueba de ello, ¿no?

El prisionero movió lentamente la cabeza.

—No le creo —dijo—. Usted no es el doctor Copperfield, más que en apariencia. Una hábil máscara…

Muy despacio, Copperfield se puso en pie y se desabrochó la ropa. Su pecho quedó al descubierto y entonces los ojos asombrados de Reynold pudieron captar la huella del balazo, en donde se apreciaba perfectamente una cicatriz cerrada ya, pero aún tierna.

— ¿Soy o no el doctor Copperfield? —preguntó el aludido, sonriendo con aire de superioridad.

Abrumado, Reynold no supo qué contestar.

CAPÍTULO VII

Se paseaba como un león enjaulado.

El anuncio de Copperfield acerca del sondeo mental le aterraba, pero al mismo tiempo le dolía traicionar a quien consideraba ya como un amigo.

Pasados unos minutos, Reynold empezó a tranquilizarse. Si había llegado a aquella habitación, era evidente que había alguna vía de acceso, aunque no se le hiciese visible por el momento.

Recuperado, empezó a tantear las paredes. Daba ligeros golpes con los nudillos, procurando que fuesen suaves, con objeto de causar el menor ruido posible. Los conductos de aireación estaban muy hábilmente disimulados, pero no cabía la menor duda de que debían de hallarse en alguna parte.

Transcurrió una hora.

Reynold suspendió la exploración. Hasta ahora, todos sus esfuerzos habían resultado inútiles.

Por alguna parte había llegado hasta allí, sí, pero ¿por dónde?

Había algo que le preocupaba también. Copperfield había hablado de «otros métodos».

¿Iba a emplear alguno más, aparte del sondeo mental?

Sus captores le habían respetado sus objetos personales. Por el reloj de pulsera pudo darse cuenta de que el plazo concedido para la reflexión se agotaba rápidamente.

De pronto, sintió sed. Faltaban ya escasos minutos para que se acabase el plazo y se acercó al lavabo.

Bebió un poco de agua. Su impotencia le ponía furioso.

Por un momento, perdió los estribos y se agarró con manos

crispadas a los bordes del lavabo.

Ah, si te pudiera pescar a gusto, doctor Copperfield —dijo rabiosamente.

De pronto, se oyó un chasquido.

El panel en que estaba situado el lavabo giró silenciosamente a un lado, dejando ver una negra abertura. Reynold se quedó pasmado.

De modo que entré por aquí…

Pero casi en el mismo momento, se oyó la voz del doctor Copperfield.

—Capitán, ¿dónde está usted? Salga del lavabo, se lo ruego.

Reynold giró sobre sus talones y corrió a la habitación. Estaba dispuesto a cometer cualquier barbaridad antes de que lo convirtiesen en un vegetal viviente.

—Doctor —exclamó; y de repente, un agudo grito de furia se escapó de sus labios—. ¡Peggy!

La muchacha le dirigió una mirada de lástima.

—Reynold —dijo débilmente.

Copperfield sonreía con aire satisfecho.

—Éste es uno de los «otros métodos» —manifestó.

El supuesto sargento y su compañero flanqueaban a Peggy, de tal modo que la escapatoria era imposible para la chica. Ardiendo de cólera, Reynold avanzó unos cuantos pasos.

De repente, chocó contra un muro invisible. Rebotó, vaciló y estuvo a punto de caer al suelo.

Copperfield soltó una gran carcajada.

—¿Todavía no se ha dado cuenta de que está frente a una pantalla de televisión que ocupa toda la pared? ¿Cómo un hombre tan inteligente como usted, pudo creer ni por un momento que yo me pondría al alcance de sus manos?

Reynold se tocó la frente, donde había recibido un buen golpe. Durante unos segundos permaneció silencioso.

—Me siento mal —dijo—. Necesito beber un poco de agua…

—Bien, pero vuelva pronto —contestó Copperfield.

Simulando hallarse indispuesto, Reynold abandonó el dormitorio. Confiaba en que no hubiera objetivos de televisión en el lavabo.

La puerta secreta continuaba todavía abierta.

* * *

Reynold avanzó rápidamente a lo largo del oscuro corredor y encontró una segunda puerta a unos diez o doce metros de distancia. Tanteó y pudo encontrar un picaporte, que cedió sin ninguna dificultad.

Abrió con infinito cuidado y se encontró en una estancia de apariencia corriente. Del fondo del corredor le llegaron las airadas voces del doctor Copperfield.

—¡Capitán! ¿Qué hace? ¿Por qué tarda tanto? ¡Salga pronto…!

Reynold corrió hacia la puerta de la estancia y se situó a un lado.

—¡Murky, vaya a ver qué le pasa al capitán! —ordenó Copperfield.

Sonaron pasos rápidos. La puerta se abrió de pronto y un hombre cruzó sin advertir la presencia del joven.

Deliberadamente, Reynold cerró de golpe y el individuo, sobresaltado, se volvió.

Empezó a gritar. Un seco derechazo de Reynold le hizo callar en el acto.

Reynold se inclinó sobre el caído y le registró rápidamente. Torció el gesto; Murky no llevaba armas sobre sí.

Era preciso contentarse con sus propias manos. Volvió a abrir y asomó a una especie de vestíbulo en el que se abrían tres puertas.

Una de ellas correspondía, indudablemente, a la de salida al exterior al edificio. ¿En cuál de las otras estaba Copperfield?

Abrió la primera, viendo que daba a un dormitorio. Giró en redondo y se abalanzó hacia la siguiente.

El doctor Copperfield volvió la cabeza al oír el ruido de la puerta. Vio a Reynold y una expresión de asombro infinito apareció en su cara.

Peggy lanzó un agudo grito. Copperfield movió una mano hacia un instrumento próximo y algo descendió raudamente del techo, deteniéndose con sordo ruido al chocar contra el suelo.

Copperfield y el falso sargento tiraron de Peggy hacia otra salida distinta. Reynold golpeó impotente con los puños el indestructible panel de vidrio que le impedía llegar hasta Peggy.

Los tres desaparecieron de su vista a los pocos momentos, atravesando una puerta que había al fondo de la sala. Reynold giró en redondo y se precipitó hacia la salida.

El muro de vidrio había retrasado su acción, pero no la impediría, se dijo, mientras asomaba impetuosamente fuera de la casa.

Vagamente vio que el edificio estaba emplazado en un lugar solitario y agreste, pero todos sus esfuerzos se centraban ahora en el rescate de Peggy. En aquel momento, Copperfield, su esbirro y Peggy se disponían a subir a un automóvil estacionado en el otro extremo de la explanada.

Reynold corrió hacia ellos. El esbirro sacó una pistola.

Mientras tanto, Peggy se dio cuenta de que debía hacer algo por ayudar a Reynold. Copperfield la retenía por un brazo y ella, revolviéndose, le mordió en una mano.

Copperfield lanzó una sonora interjección y la soltó. Estalló un disparo.

Reynold se había lanzado al suelo una fracción de segundo antes de que el esbirro hiciese fuego. Rodó sobre sí mismo un par de veces y divisó una piedra a un paso de distancia.

Copperfield forcejeaba con Peggy. La muchacha chillaba a voz en cuello. De pronto, Copperfield, maldiciendo sonoramente, la lanzó al suelo de un brutal empujón y se metió dentro del vehículo.

La piedra lanzada por Reynold alcanzó al esbirro en el hombro derecho, arrancándole un aullido de dolor. Tambaleándose, soltó la pistola y se zambulló igualmente dentro del automóvil, que arrancó en el acto a gran velocidad.

Reynold se abalanzó sobre la pistola y disparó varias veces seguidas, pero el automóvil se perdió de vista en la noche antes de que pudiera centrar la puntería. Maldiciendo entre dientes se puso en pie y corrió para ayudar a Peggy.

La chica estaba sentada en el suelo en aquel momento, pálida y aturdida.

—¿Se encuentra bien, Peggy?

—No me ha pasado nada… salvo el susto —contestó ella, aceptando la mano que le tendían—. Gracias por su ayuda, Reynold.

—No tiene importancia. Copperfield quería conocer el lugar

donde el profesor Curton tiene su nave.

—Eso es lo que me dijo a mí, pero yo le respondí que lo ignoraba. Entonces afirmó que yo le ayudaría a saberlo, aunque no quisiera. Reynold, me siento aterrada.

—¿A causa de la «resurrección» del doctor Copperfield? —preguntó él.

—Sí. —Peggy agarró la pechera de la camisa de Reynold y le miró con ojos llenos de miedo—. Nosotros le vimos morir, ¿no es cierto?

Reynold hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces, ese hombre no es, no puede ser, el doctor Copperfield, sino otro que ha tomado su puesto, con una máscara muy bien hecha… —añadió Peggy con voz temblorosa.

—No —contestó Reynold en tono grave—. Era el propio doctor Copperfield. Me enseñó la huella del balazo. Se veía perfectamente, sobre la región cardíaca, cicatrizada ya, aunque todavía tierna la encarnadura.

—¡Dios mío! ¿Es posible eso, Reynold?

—Sí. Peggy, le aseguro que le estoy diciendo la verdad. Yo también creí en un principio que se trataba de una sustitución, pero el balazo me convenció de que Copperfield había logrado revivir, por métodos que desconocemos.

Hubo un momento de silencio. Peggy le miraba con expresión de aturdimiento.

Reynold, se me ha ocurrido una cosa —dijo.

—Quizá está pensando lo mismo que yo pensaba —contestó él.

Peggy movió la cabeza con gesto afirmativo.

—En efecto —declaró—. Copperfield no… es un ser nacido en nuestro planeta.

—Creo que es una definición exacta y, si quiere que le sea sincero, estoy convencido de que Curton también es un ser extraterrestre. Enemigo de Copperfield, por los motivos que sean, pero extraterrestre.

La mano de Peggy se aferró al brazo del joven.

—Reynold, tengo miedo —confesó.

—Ya no hay motivos para temer nada —sonrió él—. Nuestro único problema, en estos momentos, consiste en volver a la ciudad… y ni siquiera sabemos dónde nos hallamos.

—¡Espere! —gritó ella—. ¿Dónde está Murky?

—¡Demonios! —exclamó Reynold—. ¡Es verdad, lo había olvidado!

Giró sobre sus talones y se lanzó de nuevo hacia la casa. Peggy, acuciada tanto por el miedo como por la curiosidad, le siguió pisándole los talones.

* * *

Cuando llegaron a la habitación, vieron que Murky había desaparecido.

Reynold se quedó desconcertado. ¿Adónde había podido ir el esbirro?

Un rápido examen del cuarto donde había estado encerrado le convenció de que había escapado por otro lado. En unión de Peggy, regresó a la habitación desde la cual le había interrogado el doctor Copperfield.

—¡Cuidado! —dijo él al entrar—. Hay una mampara de vidrio…

—¡Mire! ¡Está allí! —exclamó Peggy.

Murky se hallaba en el extremo opuesto. En lugar de huir por la otra puerta, se había encerrado en una especie de jaula de cristal, semejante a una cabina telefónica, aunque de sección algo más amplia. Tanteando con las manos, Reynold se convenció de que el muro de vidrio había sido levantado.

Debía de haber resortes de apertura a ambos lados, pensó. Libre el paso, corrió hacia la cabina de cristal, cuyo notable espesor advirtió de inmediato.

Murky sacó la lengua con expresión burlona. Estaba maniobrando en lo que parecía un pupitre para escribir, situado en pie y en el centro de un círculo amarillo pintado en el centro de la cabina.

Reynold golpeó el vidrio con los puños. Murky volvió a sacarles la lengua.

De pronto, Murky presionó una tecla. Un sonoro zumbido se dejó oír de inmediato en la estancia.

Reynold y Peggy retrocedieron asustados. Murky frunció el ceño.

Apretó otra tecla. Delgados hilos de humo empezaron a brotar por la base de la cabina.

Murky se asustó también y trató de abrir la puerta, pero ésta resistió sus esfuerzos. El humo salía cada vez con mayores cantidades.

Reynold notó una extraña elevación de la temperatura. Impresionado a su pesar, tiró de Peggy hacia la salida.

Dentro de la cabina, Murky hacía frenéticos esfuerzos por abrir la puerta. De pronto, rodó al suelo y se quedó inmóvil, hecho un ovillo.

Entonces ocurrió algo horrible. Las paredes de vidrio de la cabina se fundieron como si fueran de simple caramelo y se desplomaron sobre el inmóvil Murky, formando una diminuta montaña de materia translúcida, de la que salían delgadas columnas de humo.

Otros aparatos, en la estancia, empezaron a chispear sonoramente. Temeroso de una explosión de funestas consecuencias, Reynold arrastró a Peggy al exterior y ambos se alejaron a la carrera del edificio.

A los pocos momentos, la casa ardía furiosamente, con enormes llamaradas. El fuego duró muchísimo rato y siempre con la misma intensidad, hasta que se apagó por sí solo casi de repente.

Entonces, Reynold comprendió que debajo de aquellas ruinas un investigador no encontraría nada que le diera la menor pista acerca del extraño doctor Copperfield y sus misteriosas actividades.

Debía hallar otro camino que le condujera a descubrir las actividades del misterioso personaje.

CAPÍTULO VIII

—De verdad, empezábamos a preocuparnos ya por ustedes —confesó el profesor Curton, una vez Reynold le hubo hecho un detallado relato de sus peripecias.

—Lo siento —se excusó el joven—. No teníamos medio de transporte y hubimos de caminar muchos kilómetros antes de llegar a lugar habitado.

Thella Curton entró en aquel momento, trayendo una bandeja con café y bocadillos.

—Tendrán apetito, supongo —dijo sonriendo.

—Es usted muy amable, señora —agradeció Peggy.

Curton se acariciaba la mandíbula con gesto preocupado.

—La situación es más grave de lo que parece —murmuró.

—¿Quién es Copperfield? —exclamó Reynold—. Usted le conoce demasiado bien, no cabe la menor duda. ¿Es un ser terrestre? ¿Ha nacido usted en nuestro planeta?

Curton suspiró.

—Pregunta usted demasiado, muchacho —dijo—. Y todavía no es la hora de las explicaciones. Lo que sucede es que infravaloré la inteligencia de Copperfield.

—Pero él está vivo ahora…

—Eso queda fuera de toda duda, muchacho. Repito, no obstante, que es prematuro pedir explicaciones.

—Profesor, soy un terrestre. Dudo mucho de que usted lo sea aunque admita su buena voluntad. Pero si un terrestre no puede pedir explicaciones a otro que no lo es, ¿a quién se lo va a pedir?

Curton sonrió a la vez que volvía sus ojos hacia su bella esposa.

—Impetuosos aún en sus argumentos —calificó—. Son gente que me gusta, Thella.

—Merecen que los ayudes, Ghrob —dijo la mujer.

—¿Ghrob? —repitió Peggy—. ¿Ése es su nombre, profesor?

—Sí, pero es un detalle accesorio. ¿Han dicho que Murky se metió en una especie de cabina de vidrio y que algo falló en ella?

—Sí, profesor —confirmó Reynold.

—No fue nada agradable —agregó Peggy, estremeciéndose al recordar la extraña muerte del esbirro.

Curton hizo un signo con la mano.

—Tomen sus bocadillos, muchachos —indicó en tono benevolente—. Luego les mostraré algo.

Estaban en un amplio salón del interior de la nave, amueblado con sencillez en un estilo singular, por completo desconocido para Reynold y Peggy. Rápidamente, consumieron sus bocadillos y se dispusieron a seguir al profesor.

Un ascensor les llevó a la parte más baja de la nave. Por una escotilla central, situada a dos metros del suelo, provista de una escalerilla de acceso, salieron al suelo de la caverna.

Curton les condujo hasta el fondo de la oquedad. Allí les enseñó una cabina análoga a la que habían visto en la casa de Copperfield.

—¿Era como ésta? —preguntó.

—Yo diría que si hay diferencias, no se perciben a simple vista —declaró Reynold—. Al menos, yo me siento incapaz de ello, profesor.

Curton sonrió ligeramente.

—Si hay diferencias, serán tan sólo en lo accesorio, no en lo fundamental —dijo.

—Bien, pero, ¿para qué sirven esos artefactos? —preguntó Peggy.

Curton hizo un gesto negativo.

—Aún es pronto —repitió. Consultó su reloj y agregó—: Ahora deben descansar; la partida será dentro de seis horas justas.

Reynold no quiso insistir más. Claramente se daba cuenta de que para el profesor Curton no había llegado todavía el momento de las aclaraciones.

* * *

¿Le habían propinado un sedante con el café?

Reynold despertó notándose completamente fresco y descansado, sin rastros de embotamiento. Lanzó una mirada a la esfera del reloj y vio que habían transcurrido más de ocho horas desde que se tendiera a dormir.

Se sentó en el lecho. La cámara era amplia y capaz, decorada con sencillez, en colores claros y sedantes. Pasó al baño contiguo y se aseó un poco.

— Si no son terrestres, no cabe duda de que sus gustos en determinados aspectos son parecidos a los nuestros —murmuró, mientras se pasaba un peine por el pelo.

Luego se extrañó del silencio que reinaba en la nave. En otros momentos, había oído ruidos; Álvarez, Petrov y Morris trabajaban activamente.

—Habrán terminado ya —dijo, encogiéndose de hombros.

Abandonó el baño y salió de la cámara. En aquel momento, vio abrirse otra puerta en el corredor.

—Hola, Reynold —saludó Peggy.

El joven enarcó las cejas.

—¡Caramba, qué guapa está usted! —dijo—. ¿De dónde ha sacado esas ropas?

Peggy enrojeció ligeramente, a la vez que se contemplaba unos momentos. Ahora vestía una blusa corta y pantalones ajustados hasta los tobillos, prolongados en unos zapatos puntiagudos que parecían formar parte de la prenda. La blusa y los pantalones eran de color azul fuerte.

—La señora Curton me dejó ropa para cambiarme cuando me despertase —explicó.

—Pero ella es un poco más… llenita —objetó Reynold.

Peggy sonrió.

—Las prendas se acomodan automáticamente a la anatomía de la persona que las usa, no importa su conformación física o su sexo —dijo.

—No cabe duda de que el profesor es un hombre que piensa en todo. Peggy, ¿no siente ganas de llenar el vacío de su estómago?

—Sí, un poco de comida me sentaría bien, pero…

—¡Por favor!

La voz del profesor interrumpió bruscamente a la muchacha. Reynold frunció el ceño.

—Presten atención, se lo ruego —siguió Curton, con acento suave y persuasivo—. Están a bordo de nuestra nave y no deben temer nada en absoluto. Mi esposa ya indicó a la señorita Styles dónde está la despensa. Pueden comer libremente todo lo que se les antoje. Asimismo pueden moverse libremente por la nave, excepto por los lugares donde ya verán carteles que lo prohíben específicamente. Les rogamos no abran esas puertas, al otro lado de las cuales por otra parte, no encontrarían nada que pudiera interesarles. No se preocupen por nada, no corren el menor peligro en absoluto. Nosotros estamos ocupados y tardaremos ocho días en hallarnos en condiciones de comunicarnos personalmente con ustedes. Por ahora, eso es todo, amigos.

* * *

La voz se calló. Peggy y Reynold se contemplaron absortos.

—Pero el profesor dijo que pronto despegaríamos… —exclamó ella aturdidamente.

—¿Está segura de que continuamos aún bajo la caverna?

Peggy se estremeció.

—Reynold, no es posible que ya… estemos en el espacio…

Reynold agarró su mano.

—Venga, vamos a comprobarlo —exclamó.

Tiró de ella y corrieron a lo largo del pasillo hacia una escalera de caracol situada en el extremo opuesto. Subieron a la cubierta superior y entonces se encontraron con el más asombroso espectáculo que habían soñado en contemplar jamás.

Hallábanse en una enorme estancia, dividida en dos partes por un gran muro de vidrio, de absoluta transparencia. El suelo de la otra parte estaba a cosa de dos metros por debajo del lugar en que se hallaban ellos.

Al otro lado del muro transparente vieron una doble hilera de lo que parecían enormes ataúdes de cristal. Dentro de cada ataúd había una persona dormida.

—¡El profesor! —exclamó Peggy, al reconocer a uno de los durmientes.

—¡Thella Curton! ¡Luke Álvarez! —dijo Reynold.

—¡Petrov! ¡Morris!

—Pero, entonces, ¿quiénes son los otros, Peggy?

El profesor, su esposa y sus ayudantes se encontraban en la hilera más próxima al muro de vidrio. Cada sarcófago de cristal estaba unido a su correspondiente de la otra hilera por una serie de interminables cables y tubos cuya utilidad no alcanzaban a comprender Peggy y Reynold.

Entre cada pareja de ataúdes había una gran caja de metal, de la que salían y llegaban los cables, y en cuya superficie se veía brillar alternativamente decenas de lamparitas multicolores. Delante de la pareja, en fin, adherido al cristal, se leía un rótulo:

NO ENTRAR
SERES HUMANOS EN PROCESO DE
TRASMUTACIÓN DE CONOCIMIENTOS

Reynold y Peggy se sentían completamente aturdidos.

—¿Transmutación de conocimientos? —repitió él, pasmado.

Creía comprender, pero todo le parecía tan fantástico, que no se atrevió a expresarlo en voz alta, por temor a que Peggy le considerase como un chiflado.

Delante de ellos, pero al otro lado del mamparo de vidrio, se encendió un rótulo luminoso:

FALTAN
7 días, 20 horas, 2 minutos y 11 segundos
para el final del experimento.

* * *

Se recobraron de la sorpresa y Peggy preparó comida.

En aquel salón había un gran ventanal. Podían ver el espacio a través del hueco protegido por un sólido vidrio. La Tierra estaba ya a gran distancia.

—¿Se siente algo más tranquila, Peggy? —preguntó Reynold, a la vez que aceptaba un segundo trozo de tarta.

Ella hizo un esfuerzo y sonrió.

—Bueno, ya estoy convencida de que no nos va a pasar nada malo. Al menos, mientras estemos en la nave, así que no hay motivos para preocuparse.

—Las preocupaciones vendrán cuando lleguemos a Marte —dijo él.

Peggy se puso seria.

—¿Vivirá mi hermano aún, Reynold?

El joven hizo un fruncimiento de cejas.

—Todo parecía ir bien en Camp Vickary hasta que se avistó la nave en que viajaba Tony Zeiss —dijo—. Recuerde, el promedio de duración de una viaje a Marte, en condiciones favorables, es de unos dos meses. Tony tardó ese tiempo en lanzar su primera llamada. Hasta entonces, no se conocía ningún disturbio en Camp Vickary. Pero sólo fue a partir de aquel momento cuando se produjo el silencio de la radio. ¿Adivinó Tony Zeiss el ataque?

—Es probable que supiera que se iba a producir y escapó con tiempo para avisar —dijo Peggy.

—Bien, y en ese caso, ¿por qué no lo avisó a tiempo, una vez hubo despegado de Marte?

—Reynold, usted es piloto, pero necesita en su nave un operador de radio, ¿no es cierto?

—En efecto, y manejar la radio espacial no es cosa, precisamente, de apretar unos cuantos botones.

—Ahí es adonde yo quería ir a parar —exclamó Peggy—. Además, recuerde el desastroso estado emocional de Zeiss. Probablemente, viajó todo el tiempo en estado de «semishock» y sólo se recuperó, en parte, al tener la Tierra a la vista. El choque contra el suelo acabó de destrozarle la mente.

—Unos argumentos probablemente muy ciertos —convino él en tono pensativo—. Ahora bien, ¿de dónde sacó Zeiss la imagen del pie que nos mostró la placa obtenida con la electroencefalocámara?

—Sí, es cierto. Un pie desnudo, en la arena de Marte… ¿Hay seres humanos que pueden vivir en el exterior, fuera de los habitáculos acondicionados, Reynold?

—Peggy, mi única respuesta es aguardar a que desembarquemos en Marte. Entonces sabremos en definitiva qué es lo que está pasando allí.

* * *

Reynold consultó el indicador de tiempo de la cámara de transmutación de conocimientos:

FALTAN
3 días, 12 horas, 16 minutos y 21 segundos
para la terminación del experimento.

Ahora ya sabía en qué consistía el tal experimento. No era necesario que nadie se lo explicase.

Peggy lo sabía también. Podían verlo sólo con acercarse al muro transparente que aislaba la cámara de transmutación.

—Tres días y medio —dijo él, dominando a duras penas la impaciencia que le poseía.

De repente, oyó un agudo grito, procedente de la garganta de Peggy:

—¡Reynold, nos atacan!

CAPÍTULO IX

Peggy solía ir en ocasiones a la cámara de mando, desde donde se podía contemplar el esplendente espectáculo del firmamento, a través de las grandes lucernas de proa. Allí estaba cuando, de pronto, se encendieron varias lámparas con violentas intermitencias.

El incidente atrajo la curiosidad de la muchacha. Era la primera vez que sucedía una cosa semejante.

—Y lo peor de todo es que no puedo pedir explicaciones a nadie —dijo a media voz, acordándose de que Curton y los demás yacían en la cámara de transmutación.

Un panel entero se encendió. Era un entrecruzado continuo de rayas paralelas, verticales y horizontales, que formaban centenares de cuadrados de unos tres centímetros de lado. Luces de todos los colores corrían velozmente a lo largo del panel, de izquierda a derecha, desapareciendo en pocos segundos, para reaparecer de nuevo incesantemente.

De repente, se iluminó un nuevo sector del tablero de instrumentos, de dimensiones colosales. Un rótulo centelleó alternativamente ante los ojos pasmados de Peggy:

¡PREPARACIÓN PARA UN ATAQUE EXTERIOR!

La muchacha se quedó aterrada.

¿Quiénes les atacaban?

¿Cómo prepararse para rechazar el ataque?

En el panel de mandos quedaban todavía instrumentos por

funcionar. Una gran pantalla de televisión se encendió de repente.

Peggy dirigió la vista hacia la pantalla y divisó la silueta de una astronave que parecía dirigirse al encuentro de la de Curton a enorme velocidad. Sin poder contenerse, lanzó un agudo grito de alarma:

—¡Reynold, nos atacan!

De haber conocido el manejo de los instrumentos de gobierno, Peggy habría podido emplear el interfono, pero aquella enorme cantidad de teclas, botones y mandos producía una enorme confusión en su cerebro. Sabía que debía de haber un teléfono interior, pero no se atrevió a tocar un control, temerosa de provocar tal vez una catástrofe.

Pero en el interior de la nave remaba un absoluto silencio y puesto que en aquellos momentos solamente los dos estaban en actividad, su voz llegaba fácilmente de una punta a otra del aparato. Apenas cinco segundos más, oyó ruido de pasos dados a la carrera.

Reynold penetró en tromba en la cámara de mando.

—¡Peggy! —exclamó—. ¿Qué pasa? ¿Quién nos ataca?

La mano de la muchacha señaló el centelleante rótulo que se encendía y apagaba continuamente y contestó:

—Ahí lo dice, Reynold.

¡PREPARACIÓN PARA UN ATAQUE EXTERIOR!

* * *

Peggy agarró un brazo de Reynold y le miró con gesto suplicante:

—¡Tiene que hacer algo! —rogó—. Usted sabe pilotar una astronave…

Reynold hizo una mueca de pesimismo.

—Querida, los mandos de esta nave son tan diferentes de los que yo conozco, como un trineo esquimal de un helicóptero. Lo único que podemos hacer es sentarnos y sujetarnos con los cinturones de seguridad.

Peggy se mordió los labios, pero acabó por acatar los consejos de Reynold. Él se cuidó de que el cinturón de la muchacha estuviese

debidamente colocado y luego se sentó en el sillón contiguo.

Estaban frente al televisor, que Reynold dedujo debía ser el visor de algún telescopio de observación. La nave que avanzaba hacia ellos se divisaba perfectamente y, aunque se carecían de puntos de referencia, parecía, a juzgar por el número de sus lucernas, de tamaño inferior a la del profesor Curton.

—¿Por qué tratan de atacarnos, Reynold? —preguntó Peggy con voz temblorosa.

—La respuesta es obvia —dijo él—. Pero creo que no debemos sentir temor alguno.

—¿Tú crees?

—Todo funciona automáticamente a bordo. La nave, una vez hallada la órbita adecuada, se dirige hacia Marte, sin necesidad de intervención humana. Pero no es concebible que un hombre como el profesor Curton. que ha realizado cosas tan perfectas, que posee una mente privilegiada, sea tan poco previsor como para no estar preparado para un ataque de sus enemigos. Yo, al menos, no me echaría a dormir como ellos, sin antes dejar todos los cabos bien atados. ¿Comprende lo que quiero decir, Peggy?

—Sí, Reynold… ¡Mire! —gritó ella de repente.

Una luz anaranjada acababa de brillar repentinamente en la parte inferior de la proa de la nave atacante. Permaneció inmóvil una fracción de segundo v luego se disparó hacia delante con increíble velocidad.

El color anaranjado se tornó blancoamarillento, muy brillante. Reynold observó que aquel objeto dejaba una estela de luz en su marcha.

—No, no es una estela de luz —dijo—, sino una ilusión óptica, debida a su misma velocidad, muy cercana a la de la luz. Ello produce una superposición de imágenes en la retina, causando la sensación de que el objeto deja tras sí una estela luminosa. Pero cuando creemos que el objeto está en un punto, en realidad se halla ya a miles de kilómetros de distancia y…

—¡Se nos echa encima! —gritó Peggy.

A Reynold le pareció como si el sol hubiese sido lanzado contra ellos, tal era el resplandor que despedía aquel objeto. De repente, se deshizo en un millón de chispas que se esparcieron por todas partes en el mayor de los silencios.

—¿Qué ha pasado, Reynold?

—Es posible que la defensa de nuestra nave haya actuado automáticamente, rechazando ese ataque —contestó él.

Un segundo proyectil fue disparado y corrió la suerte del anterior. De repente, vieron que la nave propia lanzaba un objeto brillante contra la atacante.

—¿Era un torpedo de clase desconocida para ellos?

Otro proyectil fue disparado apenas un cuarto de segundo después del anterior. Y otro y otro…

En total fueron seis los que se lanzaron a velocidades superlumínicas hacia la nave atacante. Con ojos llenos de ansiedad, Reynold y Peggy contemplaron la veloz marcha de los artefactos hacia el objetivo.

¿A qué distancia se efectuaba el combate?

Si los proyectiles volaban, por lo menos, a doscientos cincuenta mil kilómetros por segundo y tardaban cinco o seis en alcanzar sus objetivos, no era aventurado suponer que la distancia que separaba a las astronaves era de millón y medio de kilómetros, aproximadamente. Reynold, sin embargo, temió que los atacantes emplearan los mismos medios de defensa que ellos.

Los seis proyectiles se dispersaron de pronto en todos los sentidos. Dos se elevaron, dos divergieron a los lados y un quinto pareció lanzarse hacia abajo, mientras el sexto continuaba en línea recta.

Pero, de repente, los cinco primeros variaron sus órbitas y convergieron sobre la nave atacante, cayendo sobre ella al mismo tiempo.

El primer fogonazo pareció el nacimiento de un nuevo sol. Cinco proyectiles más estallaron, con diferencias de fracciones de segundo entre sí.

Entonces, súbitamente, se produjo una explosión distinta a las otras.

En el lugar donde estaba la nave atacante empegaron a salir rayos de todos los colores: rojos, azules, amarillos, verdes… un continuo chisporroteo polícromo, que inundó de luz el espacio durante unos momentos.

Luego, casi de súbito, volvió la oscuridad.

Los ojos de Reynold fueron a la pantalla de televisión.

El aparato mostraba una visión normal del espacio. La nave enemiga había desaparecido.

Reynold respiró aliviado:

— El ataque ha sido rechazado —anunció, seguro de no equivocarse.

* * *

FALTAN
0 días, 0 horas, 3 minutos y 16 segundos
para la terminación del experimento

Reynold y Peggy tenían los ojos fijos en el indicador de tiempo, en el que las cifras variaban rítmicamente. Los durmientes continuaban inmóviles en sus sarcófagos transparentes.

El cuarto minuto concluyó y se inició la cuenta atrás del tercero. Los dos jóvenes aguardaban con expectante ansiedad.

Al iniciarse la cuenta del último minuto, Peggy empezó a pronunciar las cifras a media voz:

Cincuenta y nueve… cincuenta y ocho… cincuenta y siete…

Reynold sentía un tremendo nerviosismo. ¿Cómo se produciría el final del experimento?

Seis… cinco… cuatro… tres… dos… uno… ¡Cero!

Cuatro ceros aparecieron en el indicador de tiempo. Entonces se produjo algo extraño en el interior de los sarcófagos más próximos a la pareja.

Los cuerpos de Curton, su esposa y sus ayudantes empezaron a hacerse translúcidos, a la vez que perdían su forma. Sus facciones se borraron y los brazos tendidos naturalmente se fundieron con el cuerpo.

Cada organismo humano se transformó en una masa de materia pastosa, que luego pasó a líquida. En cada ataúd se abrió un desagüe, por el que aquel líquido desapareció lentamente.

Momentos después, no quedaba el menor rastro de Curton ni sus acompañantes.

Reynold y Peggy estaban aterrados.

—¿En qué remoto mundo pueden producirse cosas semejantes? —murmuró el joven, estupefacto por lo que acababa de contemplar.

—Los sarcófagos se abren —exclamó Peggy de pronto.

Era cierto. Las tapas de aquellas grandes cajas giraban a un lado, en medio de un completo silencio.

Uno de los hombres se sentó primero y se apeó después. Por su posición con respecto al sarcófago paralelo, Reynold adivinó que era el profesor Curton.

Curton se volvió y miró a la pareja. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Thella se levantó también. Instantes más tarde, lo hicieron los restantes.

—Hola, amigos —saludó el profesor, haciendo un gesto con la mano.

Entonces Reynold descubrió que el muro de vidrio había desaparecido.

—Me siento anonada —dijo la muchacha—, ¿Es usted el profesor Curton?

—Al menos, con ese nombre he sido conocido siempre en la Tierra —respondió el aludido—. Y, la verdad, ¿para qué usar otro? —Se volvió solícito a su esposa, que terminaba de vestirse—: ¿Te encuentras bien, Thella?

—Perfectamente, querido. Ha sido una operación maravillosa.

—Lo estábamos necesitando —manifestó Curton, sonriendo. Tomó el brazo de su esposa y añadió—: Y ahora me parece que nuestro nuevo cuerpo necesita también otros cuidados, ¿no te parece?

—Sí, Ghrob —dijo Thella—. Tengo apetito.

—En ese caso, vamos al comedor. —Curton miró a Reynold—. ¿Tiene algo interesante que contarme, capitán?

—Mucho, profesor —respondió el joven—. Fuimos atacados por una nave enemiga hace días, aunque se consiguió rechazar el ataque contundentemente.

—Es una buena noticia —dijo Curton—. Pero ya hablaremos más extensamente después de comer. ¿Vamos al comedor?

* * *

— Naturalmente, lo dejé todo preparado para repeler un posible ataque por parte de mi mortal enemigo —dijo Curton.

Reynold no había salido todavía de su asombro.

El Curton que tenía ante sí aparentaba diez años menos, pero no era su aspecto más joven lo que realmente le impresionaba, sino la expresión de energía y firmeza que se desprendía de su mirada y sus facciones. Thella y los otros parecían asimismo muchísimo más jóvenes y fuertes, aun habiendo ganado menos juventud de lo que cabía esperar tras el experimento de transmutación de conocimientos.

—¿Cree que continuarán atacándonos? —preguntó Peggy.

Curton hizo un signo afirmativo.

—Muchacha, también entre nosotros se dan sentimientos de rencor y envidia, que conducen a amargas situaciones de frustración —respondió.

—Eso es lo que le pasa a Copperfield —dijo Thella.

—Suponiendo que se llame así —manifestó Reynold con intención.

—El nombre no importa, sino la persona —declaró Curton—. De todas formas, estamos preparados para vencerle.

—¡Ojalá! —suspiró Peggy—. Profesor, ¿puede darme esperanzas sobre mi hermano?

Curton hizo un gesto ambiguo.

—¿Cree que no me preocupa a mí también el silencio de la radio de Camp Vickary? Lo siento, no puedo prometer nada hasta que hayamos llegado el final de nuestro viaje.

Peggy bajó la cabeza. Curton tomó su mano para infundirle ánimos.

Curton se volvió hacia sus ayudantes:

—Convendría que echasen un vistazo a la cámara de mando y revisaran los instrumentos de control. Si mis cálculos no están errados, nos faltan pocas horas para llegar a Marte.

—Bien, profesor.

Los ayudantes se levantaron y salieron del comedor. Reynold dijo:

—Profesor, la curiosidad me está matando. ¿Por qué no nos explica en qué consiste ese proceso de transmutación de conocimientos?

Curton soltó una suave carcajada.

—Sencillamente, yo, mi esposa y mis ayudantes estábamos

envejeciendo. Necesitábamos otros cuerpos, eso es todo.

—¡Sí que están ustedes adelantados! —exclamó Peggy—. ¡Hasta se trasplantan el cuerpo…!

—No, no, nada de eso —respondió Curton de buen humor—. Fue un simple trasvase de conocimientos del cerebro viejo al nuevo que, naturalmente, debía actuar en un cuerpo también nuevo.

—Pero usted no aparentaba más de cincuenta años; se le veía todavía en buen estado de salud física y mental —alegó Reynold.

Curton hizo un gesto negativo.

—No, era sólo mera apariencia. La verdad es que aquel cuerpo terrestre tenía ya más de doscientos treinta años, según el cómputo terrestre.

Reynold sintió que se quedaba sin aliento.

—Doscientos treinta años —repitió, abrumado.

—En efecto, así era.

El joven creyó que se mareaba.

—Pero entonces, ahora, con cuerpo nuevo, inicia una nueva vida…

—¡Podrán vivir otros doscientos años! —exclamó Peggy, no menos atónita que Reynold.

—Algo menos —sonrió Curton.

—Y luego, cuando se sienta viejo, cambiará de cuerpo…

Curton sacudió la cabeza.

—No. Este experimento sólo puede realizarse una vez en la existencia de cada ser humano. Ahora, en mi nuevo cerebro, están todos los conocimientos que se albergaban en el anterior. Durante dos siglos, continuaré adquiriendo nuevos conocimientos, pero inevitablemente llegará un momento en que éstos envejezcan también. Entonces, la transmutación será imposible y deberé resignarme a concluir mi existencia terrenal.

—Unos conocimientos que envejecen —dijo Reynold, estupefacto—. ¿Cómo puede ocurrir tal cosa, profesor? El pensamiento es algo inmaterial…

—Sería muy largo de explicar, pero podría resumirse que cada célula cerebral nuestra es el cajón de un archivo donde se guarda un dato, un recuerdo, la memoria de un suceso, de un libro leído, de un cálculo… Esas células envejecen y con ella el hecho guardado en su interior. Es una perfecta relación entre la mente y el

organismo corpóreo, como si las dos cosas compusieran una entidad distinta. Ahora, aun con una perfecta lucidez, mis células cerebrales poseen una edad psicofísica de doscientos treinta años. Cuando hayan pasado doscientos más, la transmutación será irrealizable, porque la diferencia temporal entre mi cerebro actual y el nuevo sería insalvable.

—¿Y un cuerpo nuevo dentro de, por ejemplo, cincuenta años? —preguntó Peggy.

—En primer lugar, la diferencia seguiría siendo notoria. Y, por otra parte, un nuevo cuerpo, pese a nuestros adelantos, no se prepara tan fácilmente como puede usted creer. De otro modo, conseguiríamos la inmortalidad y eso es inalcanzable para todo humano, proceda de donde proceda.

—A mí me asalta una duda, profesor —dijo Reynold de pronto.

—¿Cuál, muchacho?

—Su nuevo cuerpo. ¿A quién se lo ha quitado usted? ¿Cuál era su anterior y legítimo propietario?

Curton sonrió.

—¿Cree que este cuerpo pertenecía realmente a otra persona, a la cual he sacrificado en mi ambición de prolongar mi existencia?

—Parece lógico deducirlo, después de lo que hemos visto —contestó Reynold.

—No, no es así; ninguno aceptaríamos vivir a costa de la existencia de otra persona. Siendo natural, este cuerpo es artificial, no sé si comprenderán la paradoja. Pero no ha pertenecido antes a nadie, salvo a mí, y ha permanecido durante muchísimos años en estado letárgico, terminando de hacerse, en espera de que yo viniese un día a animarlo. Mi anterior cuerpo ha desaparecido y éste desaparecerá llegada mi hora.

—Me asombra el grado de progreso a que han llegado ustedes, profesor. Pero ¿en qué mundo se producen semejantes maravillas?

Curton sonrió.

—Está muy lejos de la Tierra —respondió evasivamente—. Perdonen, pero mi esposa y yo nos sentimos fatigados. Desearíamos reposar un poco antes del desembarco.

Reynold se puso cortésmente en pie. Peggy levantó una mano.

—¿Sí? —dijo Curton.

—No, no es a usted a quien quiero hacer mi pregunta, sino a

Thella y a solas además.

Thella y Curton se miraron extrañados. El profesor, tras una ligera vacilación, hizo un gesto de aquiescencia.

—Déjenos solas, Reynold, por favor —rogó la muchacha.

Reynold accedió y se encaminó a un lugar de la nave, donde había una sala de reposo, con amplios ventanales, desde los cuales se divisaba una esplendorosa panorámica de Marte, que ya llenaba buena parte del horizonte.

Sentíase sumamente nervioso. Ya había confirmado que Curton y sus acompañantes no eran terrestres.

¿De dónde procedían? ¿Cuáles eran sus intenciones?

Tony Zeiss había mencionado que Marte era una base de ataque.

¿Contra la Tierra?

¿Cuál era el objeto de aquel posible ataque?

¿Una invasión del planeta?

Peggy llegó momentos más tarde. Reynold se volvió y advirtió las arrugas de preocupación que se habían formado en la frente de la muchacha.

—¿Qué le sucede, Peggy? —preguntó, aprensivo.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Reynold, ¿no se imagina cuál es la pregunta que hice a Thella Curton?

—No, no tengo la menor idea, Peggy.

—La apariencia del profesor, ahora, es la de un hombre de cuarenta años. Thella aparenta unos treinta. Y se la ve lozana, hermosa, atractiva…

—Sí, es cierto.

—Entonces, la pregunta surge por sí misma. ¿Pueden tener hijos el profesor y su esposa?

Reynold se quedó sin aliento.

—¿Qué le han dicho, Peggy?

—No. Son completamente estériles.

Hubo una pausa de intenso silencio. Al cabo de unos instantes, Peggy añadió:

—Y eso me hace pensar, Reynold, que el profesor, su esposa y sus ayudantes no tienen de humanos más que la figura.

* * *

El suelo de Marte se acercaba con moderada rapidez.

La visibilidad era perfecta incluso a simple vista. Desde su observatorio, Reynold podía apreciar solamente ruinas ennegrecidas en el lugar donde meses antes había existido una floreciente colonia terrestre.

Peggy tenía el corazón oprimido. La vista de aquel desolado panorama le había convencido ya de la muerte de su hermano.

Curton entró de repente en la cámara.

—Aterrizaremos dentro de pocos minutos —manifestó—. Imagino que desearán salir de la nave.

—Por supuesto —contestó Reynold.

—En tal caso, hagan el favor de acompañarme; les daré trajes acondicionados para el exterior.

Peggy y Reynold siguieron a Curton, quien les condujo a otra cámara, en donde Álvarez estaba ya preparando un traje espacial.

Thella entró en aquel momento.

—Peggy, usted deberá venir conmigo —dijo—. Debe despojarse de todas sus ropas para ponerse el traje exterior. Yo le ayudaré a equiparse.

—Sí, señora Curton.

Peggy se alejó en compañía de Thella, formulándose silenciosamente la pregunta de si debía tratar de «señora» a un ser que, aunque de apariencia muy bella, no tenía nada de humano.

Mientras tanto, Reynold se quitaba sus ropas. Álvarez le ayudó a embutirse en lo que parecía un mono de tejido esponjoso y de un centímetro de grosor, provisto de una capucha que se adaptaba perfectamente a su cráneo. La capucha tenía una mirilla del mismo tejido, pero diferente estructura celular, lo que la convertía en perfectamente transparente.

Acto seguido, le colocó una ligera mochila a la espalda y le puso unos auriculares a la misma.

—¿Me oye? —preguntó Álvarez.

—Sí, perfectamente —contestó el joven—. Pero ¿dónde está el aire respirable…?

—No se preocupe —dijo el profesor—. El oxígeno penetra a través de un punto determinado, situado junto a la mochila, y los residuos de la respiración son evacuados directamente por otro

orificio junto al anterior. Por los demás, la estanqueidad del traje es perfecta, tanto para resistir la baja presión exterior, como contra las temperaturas de la superficie marciana.

—Me siento admirado, profesor. Este traje permite una libertad de movimientos total. Parece que no lleve encima más que la mochila…

Curton sonrió halagado.

—Es la mejor manera de moverse sin dificultades en ambientes hostiles —contestó—. ¿Listo para desembarcar, capitán?

—Sí, profesor. Una pregunta…

—Hable, muchacho.

—¿Cree que podremos averiguar, al fin, lo que sucedió en Camp Vickary?

—Para eso hemos venido aquí —contestó Curton.

La respuesta no era demasiado alentadora, pensó Reynold, pero ¿qué otra cosa podía decir el profesor?

Instantes después, la nave se detenía con gran suavidad. A través de las lucernas, podían ver el desolado aspecto que ofrecían las ruinas de Camp Vickary.

De repente, Peggy lanzó una aguda exclamación:

— ¡Allí, miren! ¡Miren esa huella tan monstruosa!

Reynold corrió hacia la lucerna junto a la cual se hallaba la muchacha, señalando un punto con la mano. Miró a través del vidrio y creyó que deliraba.

Sí, aquella era una huella humana, la impronta de un pie desnudo, idéntica en un todo a la que la electroencefalocámara había captado de la mente de Tony Zeiss. Incluso podía ser la misma, pero…

La longitud de aquella pisada humana era superior a los dos metros. Era la huella del pie de un gigante, indiscutiblemente.

CAPÍTULO XI

Petrov sacó una cinta métrica y midió la longitud de aquella pisada.

—Dos metros y treinta centímetros —anunció, ante el asombro de todos los presentes.

Un poco más allá, había otra señal análoga, pero del pie contrario; y otra y otra y otra… una alucinante sucesión de huellas que marcaban el paso de un ser de dimensiones gigantescas por aquel lugar.

Reynold observó a Curton. El profesor parecía sumamente preocupado.

—De modo —decía Curton a media voz—, que si la huella de un hombre normal mide unos treinta centímetros, para una estatura de ciento ochenta, ésta, que mide dos metros y treinta centímetros, corresponderá a una estatura de…

—Catorce y medio o quince metros, profesor —calculó Reynold.

Peggy se estremeció.

Instintivamente, levantó la vista a lo alto, como calculando en su mente la estatura del gigante a que correspondían aquellas descomunales pisadas.

—Un ser de quince metros —musitó—. ¿Cómo vive? ¿De qué se alimenta?

—La pregunta más interesante es: ¿de dónde ha salido, Peggy?

Ella se volvió hacia Curton.

—Profesor, ese gigante, ¿no será el resultado de algún catastrófico experimento de genética del doctor Copperfield?

—No puedo responderle nada, muchacha; el primer asombrado

soy yo —dijo Curton.

—Matemáticamente, resulta imposible la existencia de un ser de ese tamaño —añadió Thella.

—Eso me recuerda lo que decía aquél: la abeja no tiene forma aerodinámica y, por tanto, no puede volar; pero como no lo sabe, vuela —declaró Reynold.

—Dejémonos de pullas —pidió Curton—. Esto es más grave de lo que parece…

¡BANG¡

La tenuidad de la atmósfera marciana no impedía la propagación de los sonidos y el estampido del disparo se percibió con toda claridad. Casi al mismo tiempo, Petrov lanzó un grito, se llevó la mano al hombro izquierdo y, después de tambalearse ligeramente, rodó por el suelo.

—¡A cubierto! —gritó Reynold—. Nos atacan.

Álvarez y Morris arrastraron al herido hacia la escotilla de la nave, mientras el tirador desconocido continuaba haciendo volar la arena entre los pies de los recién llegados. Una voz resonó de súbito en todos los auriculares:

—¡Márchense! ¡Fuera de Marte! ¡No los queremos aquí; váyanse de una vez!

Peggy estaba a punto de penetrar en la astronave cuando captó el sonido de aquella voz. Inmediatamente, se soltó de la mano de Reynold y lanzó un agudo grito:

—¡Mike! ¡No tires! ¡Deja de disparar; soy yo, tu hermana Peggy!

* * *

Reynold iba de sorpresa en sorpresa. Peggy se le escapó de las manos y, despreciando todo posible riesgo, corrió hacia el lugar donde sonaban los tiros.

Dos siluetas humanas se incorporaron, haciéndose visibles al abandonar la protección de la duna arenosa tras la cual habían estado situadas hasta aquel momento. Viendo que los disparos habían cesado, Reynold corrió tras la muchacha.

Peggy alcanzó a la pareja.

—Mike, ¿es que no me reconoces? —exclamó ávidamente.

Styles miró a través de su casco protector.

—¿Cómo puedo saber yo que eres Peggy Styles? —contestó—. Esa máscara es idéntica a la que usaban los invasores…

—Quizá me conozca a mí, Mike —terció el joven—. Soy Reynold Tloth.

—¡Tloth! —repitió Styles, pasmado—. ¿Qué diablos hace usted con los invasores? ¿Es que se ha pasado al enemigo?

—Será mejor que venga a la nave; allí hablaremos con más calma —contestó Reynold—. Por cierto, ¿quién es su acompañante?

—La doctora Feyder —dijo Styles—. Mary, te presento a un conocido mío, Reynold. Y esta mujer que le acompaña, si no me mienten es mi hermana Peggy.

—Hola —saludó la doctora—. Perdonen nuestro comportamiento, pero las circunstancias…

—Vamos a la nave —insistió Peggy—. Necesitamos que nos cuenten todo lo que ha sucedido aquí.

Los ojos de Reynold recorrieron una vez más aquel ambiente de ruina y destrucción totales. Camp Vickary estaba arrasado por completo.

—¿Quién hizo esto? —preguntó.

—Yo —respondió Mike orgullosamente—. Hice estallar el generador de fuerza y la base se fue al diablo con todos los invasores.

—¿Qué fue de los anteriores ocupantes? Me refiero a los que procedían de la Tierra…

—Murieron antes. Ellos los asesinaron. Por tanto, lo que hice yo, más que venganza, fue un acto de justicia.

—Me siento admirado —dijo Reynold—. Han podido sobrevivir durante tanto tiempo en un ambiente hostil…

—Un hombre listo, a poco que se lo proponga, puede vivir muchos años en Marte, naturalmente, disponiendo de algunos elementos imprescindibles para ayudarse —respondió Styles—. A Mary y a mí no pudieron capturarnos nunca.

—¿Podíais escapar de los gigantes cuando éstos os perseguían? —preguntó Peggy.

—¿Qué gigantes? —respondió su hermano, lleno de asombro—. En Marte jamás ha habido gigantes. Todos los invasores eran

personas normales, como ustedes y nosotros.

Reynold escuchó aquellas palabras y su desconcierto aumentó hasta límites increíbles.

* * *

Mike Styles no se confiaba. Dentro de la nave, se quitó el casco de su traje espacial, pero continuaba aferrado a su fusil.

—De modo que éstos sí vienen a ayudarnos, en lugar de exterminarnos, como hicieron los otros —dijo, tras las primeras presentaciones.

—Así es, muchacho, aunque usted no lo crea —afirmó Curton—. Pero, dígame, ¿cómo dieron muerte a los demás habitantes de Camp Vickary?

—Gas —respondió Mary Feyder—. Lo lanzaron en los tubos de aireación de los barracones.

—Ustedes se salvaron —dijo Reynold.

—Habíamos salido para una expedición científica —explicó Styles—. Yo era el conductor del vehículo y la doctora quería tomar muestras de unas plantas que crecen a unos ochocientos kilómetros de aquí, en la Gran Syrte. Nos encontramos con la muerte cuando regresamos a Camp Vickary.

—La radio no transmitía.

—Estaban destrozados todos los transmisores. Era imposible efectuar la menor llamada.

—¿Qué sabe usted de Tony Zeiss, el segundo jefe de Camp Vickary? —preguntó Curton.

—Era el único que faltaba entre los muertos. Debió de salvarse milagrosamente y escapó en la nave, sin avisarnos siquiera.

—Vamos a ver —dijo Reynold—. Aquí hay algunos puntos que es necesario aclarar. Cuando escapó Zeiss, ¿se había producido ya la mortandad que exterminó a toda la población de Camp Vickary?

—No —respondió Styles—. Yo calculo que él debió presentir algo; tal vez sospechó el peligro. Por eso escapó aterrorizado, de tal modo, que repito, ni siquiera se acordó de que había dos personas en la Gran Syrte, con todo lo necesario para que varias personas puedan vivir allí durante un año, si es preciso— aclaró la doctora Feyder.

—Entiendo. Y ellos encontraron el campamento.

—Sí, pero no a nosotros. A Mike se le ocurrió buscar una buena cueva, recelando que después podrían venir a asesinamos. Transportamos allí la mayor parte del material, incluyendo, por supuesto, los generadores de agua y oxígeno.

—Eso significa que vieron a los invasores —terció Curton.

—Desde luego. Un par de veces quisieron atacarnos —Styles palmeó la culata de su rifle—. Les hice desistir y no volvieron a molestarnos más.

—¿Qué pasó después?

—Sabíamos que eran hostiles y que no pertenecían a la Tierra. Por tanto, el exterminio de Camp Vickary sólo podía obedecer a un motivo: atacar el planeta. Puesto que me era imposible comunicar con la Tierra, decidí hacer algo para evitarlo.

—Y voló la central general de fuerza —dijo Reynold.

—Sí. Lamento que Camp Vickary haya quedado destruido, pero ellos no se pueden aprovechar de su victoria.

—No entiendo —manifestó el joven, volviéndose hacia Curton —. En verdad, la explosión del generador debió ser muy grande, pero no tanto como para que se pudiera ver desde la Tierra.

—Había una astronave similar a ésta parada en las inmediaciones. La explosión afectó a sus motores y estallaron también. Fue un hermoso espectáculo —contestó Styles.

—¿Y no recibieron ningún daño? —preguntó la muchacha, llena de curiosidad.

—Preparé todo para que hiciese explosión cuando estuviesen durmiendo profundamente —explicó Styles—. Yo había hecho un poco el guerrillero, atacándolos a deshora con mi fusil, cuando menos lo esperaban, pero no se marchaban.

»Todo lo contrario; cada día trabajaban más en agrandar Camp Vickary; se movían como hormigas y apenas se daban un punto de reposo, así que decidí acabar de una vez por todas. Eliminé a los dos centinelas y luego conecté los explosivos, con un mecanismo de relojería…

—¿De dónde sacaste los explosivos, Mike?

—Oh, había grandes cantidades. ¿No ves que aquí se utilizan en ocasiones para hacer explanaciones de terreno? Ellos ni se preocupaban de los explosivos, de modo que no me resultó tan

difícil como parece.

—Y no has visto gigantes de quince metros de altura —dijo Peggy.

Styles sacudió la cabeza.

—No, jamás; y yo mismo tampoco comprendo quién ha podido dejar semejantes huellas —respondió.

Reynold miró a Curton. El profesor se acariciaba la mandíbula pensativamente.

—De todo cuanto ha sucedido hasta ahora, este enigma es el que más me preocupa, puesto que me siento Incapaz de encontrarle una solución lógica —manifestó.

Álvarez entró en aquel instante.

—Petrov está bien —declaró—. La bala no le ha interesado ningún hueso.

—Dígale que lo siento, amigo —rogó Styles.

Álvarez agitó una mano.

—No se preocupé, Mike; Igor comprende su situación y se da cuenta de lo mucho que ha padecido aquí, desesperando de que llegase su rescate.

—No ha sido agradable, en efecto —convino el hermano de Peggy—. Por fortuna, Mary y yo nos ayudamos mutuamente a sobrevivir.

Peggy dirigió una mirada de simpatía a la doctora Feyder, quien correspondió con una sonrisa. Mary Feyder era una joven de unos veintiocho años, de agradable presencia y expresión inteligente.

—En resumen —dijo Reynold—, aquí no están esos invasores.

—Por tanto, podemos estimar concluida la misión de rescate y volver a la Tierra —manifestó Peggy.

—Olvidan una cosa —intervino el profesor.

—Todos se volvieron hacia Curton.

—Copperfield está vivo todavía y sigue constituyendo un peligro, no sólo para nosotros, sino para el planeta entero —declaró el profesor.

—¿Cómo sabe que está vivo? —preguntó Reynold—. La defensa automática de su nave destruyó la que nos atacó en pleno viaje. Estoy seguro de que Copperfield viajaba a bordo…

Curton sonreía maliciosamente.

—Se ve que conoce muy poco a Copperfield —dijo—. ¿Cómo

puede creer que tomara parte en un ataque, corriendo el riesgo de ser muerto en el contraataque correspondiente?

—Pero, entonces, ¿no iba él en…?

—Era otra nave, guiada por control remoto, sin tripulación, estoy seguro de ello —afirmó Curton.

—Eso significa que se encuentra en algún lugar de Marte —exclamó Peggy.

—De Marte, no; del Sistema Solar, sí —declaró el profesor.

Reynold se sentía estupefacto.

—¿Dónde, profesor? —preguntó.

—En Titán, uno de los satélites de Saturno. Curton hizo una breve pausa y concluyó:

Y allí es adónde vamos a dirigirnos, a fin de acabar de una vez con sus funestas actividades.

CAPÍTULO XII

—Me parece soñar —dijo Peggy, en uno de los amplios miradores de la nave, cuando cruzaban a la altura de Júpiter.

El espectáculo del gigante del Sistema Solar, visto a menos de cien mil kilómetros de distancia, era inenarrable. Reynold se sentía también como si estuviese sumido en un sueño.

Aquella aventura se había iniciado con la recogida de Tony Zeiss a orillas de un río y tendría su fin a miles de kilómetros de la Tierra. Ahora ya no les cabía la menor duda de que el profesor y sus acompañantes procedían de un mundo remotísimo, situado en las profundidades del Universo.

Sin embargo, Curton no había querido declarar aún su origen. Tampoco había dado más explicaciones acerca de su presencia en la Tierra.

—Me pregunto qué habrá en Titán —dijo Reynold, tras una pausa de silencio.

—Pronto lo sabremos —respondió la muchacha—. A la velocidad que llevamos, el viaje durará ya sólo unos pocos días.

Lenta pero perceptiblemente, el brillante globo de Júpiter iba quedándose atrás. Los colores, de tonos suaves sin embargo, eran rosados, anaranjados y grises, con algunas vetas de verde y azul, en interminables bandas que alcanzaban la circunferencia entera del planeta, en torno al cual se veían girar los minúsculos cuerpos celestes que eran sus satélites.

Styles y la doctora entraron en aquel momento.

—Esto es vida —dijo Mike, complacidamente, a la vez que se pasaba las manos por las ropas nuevas que le habían sido facilitadas

—. Hacía años que no me encontraba tan a gusto.

Peggy sonrió.

—¿Qué tal se encuentra usted, doctora? —preguntó.

—Maravillada —respondió Mary—. Nunca había visto nada igual ni llegué a sospechar que se pudiera construir.

—Sí, esta nave es el resultado de una civilización sumamente adelantada —convino Reynold.

—Estaba en la Tierra, ¿no? —preguntó Mike.

—Sí, en efecto.

—¿Nadie la vio nunca? ¿Pudieron despegar sin obstáculos?

—La nave estaba escondida en una gran caverna, cuya entrada, me imagino, permaneció siempre ignorada. Supongo que estará dotada de sistemas antidetección, porque nuestra partida no fue interferida en modo alguno.

—Es una explicación lógica —admitió Mike—. Pero ¡quedan aún tantas cosas por explicar!

—¿Por qué no hacen preguntas? Las contestaré de muy buena gana —dijo Curton, entrando inesperadamente en la cámara, seguido de su esposa.

Reynold se volvió hacia los recién llegados.

—Es cierto, profesor —concordó—. Tenemos que hacerle muchas preguntas.

Curton sonrió con expresión benevolente.

—De acuerdo. Empiecen cuando gusten —invitó.

—Primero: ¿Cuándo construyó usted la nave?

—Yo no la construí; eso es algo que ocurrió hace unos mil ochocientos años, según el cómputo del tiempo terrestre —respondió Curton.

—Es decir, hacia el año trescientos de la Era Cristiana.

—Más o menos.

—Alguien debió de llevar allí la nave, ¿no es verdad?

—Sí, en efecto. Fue una tripulación mínima, que eligió el escondite de la caverna, y la dejó en aquel lugar, para que nosotros pudiéramos utilizarla cuando resultase conveniente.

—¿Incluso al cabo de dieciocho siglos? —preguntó Peggy, llena de asombro.

Curton sonrió.

—Funciona, ¿no?

—Bien, pero ¿qué pasó con aquella tripulación? ¿Adónde se fueron después? ¿Disponían de otra nave? —inquirió Reynold.

—¿Ya no recuerda usted la cabina que causó la muerte a Murky, capitán?

—Sí, es verdad. Había otra en la caverna.

—Eran cabinas de traslación instantánea. Murky manejó mal los controles y el aparato quedó destruido, causándole la muerte.

Reynold parpadeó, atónito.

—Traslación instantánea significa…

—Exactamente lo que está pensando, capitán —confirmó Curton —. En alguna parte del espacio hay otra cabina, que hace el papel, según las circunstancias, de estación emisora o receptora de cuerpos humanos. Una vez depositada la nave en aquella caverna, su tripulación utilizó la cabina que usted vio para regresar a su punto de partida.

—Profesor —habló Mike—, empiezo a sospechar que hay más de una caverna con una nave en más de un planeta de nuestra galaxia.

—Lo ha adivinado usted —sonrió Curton—. Pertenecemos a un mundo ávido de intercambiar conocimientos científicos y realizamos exploraciones constantemente. Cuando llegamos a un lugar cuya civilización no ha alcanzado todavía un grado de desarrollo que les permita comprender nuestra presencia, nos limitamos a preparar lo necesario para que, dentro de un plazo prudencial, otros puedan llegar y proceder a ese intercambio de conocimientos. A veces, como en el caso nuestro, transcurren dieciocho siglos; otras veces, incluso, pasa más tiempo… Depende del planeta que se explora, por supuesto.

—Profesor, esa actitud de ustedes, ¿no significará injerencia en asuntos ajenos? —opinó Reynold.

—No, porque no intervenimos en política de ningún modo.

—La política, muchas veces, viene condicionada por el medio ambiente. Si ustedes influyen en éste, es claro que también influyen en la política, siquiera sea de un modo indirecto.

—El argumento podría resultar correcto, si no fuera porque, en última instancia, son los nativos de cada planeta quienes toman sus decisiones.

—Pero ustedes están infinitamente más adelantados que nosotros —dijo Mary Feyder—. ¿Cómo se comprende, entonces, que

hayan venido a aprender de los terrestres?

—Mi querida doctora, siempre hay cosas que se ignoran —respondió Curton—. Cada civilización tiene sus peculiaridades. Incluso entre ustedes mismos… La moderna medicina, ¿no ha empleado, mejorándolos, conocimientos sobre hierbas mágicas que emplean los hechiceros de las tribus salvajes para curar a sus pacientes? El ejemplo del curare, a este respecto, es concluyente. Los indios amazónicos impregnaban sus flechas con ese veneno, que producía la muerte por parálisis muscular. Empleado en dosis menores, relaja el tono de los músculos y permite una notable mejora técnica de la cirugía.

»Podemos hablar también de la civilización romana y la incaica. ¿Qué habría pasado si ambas civilizaciones hubieran entrado en contacto? Los incas conocían muchas cosas, que eran ignoradas por los romanos y viceversa. Con toda su sabiduría, los incas desconocieron la rueda. ¿Se imaginan lo que habría cambiado el mundo de haber entrado en contacto las dos civilizaciones?

—Sí, es cierto lo que usted dice, profesor —admitió Reynold—. Pero todavía no nos ha dicho usted de dónde procede.

—Es algo que no tiene la menor importancia —respondió Curton sosegadamente—. Un día, ustedes podrán viajar a nuestro mundo, utilizando nuestras cabinas de traslación instantánea. Pero ese momento no ha llegado todavía.

»Nosotros creíamos haber llegado al cénit de una civilización, estimando ya suprimidos sentimientos nocivos, como el odio, el rencor, la envidia… Copperfield, desgraciadamente, nos ha hecho ver que nuestra educación moral no ha sido completada todavía.

—¿Qué intenciones tenía Copperfield al destruir Camp Vickary? —preguntó Peggy.

—Pronto nos lo dirá él mismo —respondió el profesor—. Concretamente, cuando lo hallemos en nuestra base de apoyo, situada en Titán.

* * *

A medida que se acercaban al que ahora sabían ya era su punto definitivo de destino, Reynold se sentía embargado por una emoción indefinible. Él, con Peggy, su hermano y la doctora Feyder,

eran los primeros terrestres que llegaban a tan gran distancia de su planeta natal.

Saturno, con sus anillos, parecía llenar el horizonte. El espectáculo era de una majestuosidad indescriptible.

Titán se hallaba ya a la vista, enseñando montañas oscuras, de cimas agudas y arriscadas, en medio de grandes manchas de gases helados, metano y amoníaco principalmente. Reynold se preguntó dónde podrían tener su base los extraterrestres.

La nave describió una órbita rápida en torno a Titán y a una distancia de un millón y cuarto de kilómetros de Saturno. Luego, su piloto, el profesor Curton, la lanzó hacia un profundísimo valle de suelo blanco, enmarcado por montañas de gigantescas proporciones.

El valle estaba cerrado parcialmente por lo que parecía un enorme dique construido por la propia naturaleza. Tema una elevación de unos trescientos metros y una longitud de mil quinientos, aproximadamente.

Su parte superior era una meseta cubierta de hielos. A ambos lados del mismo se alzaban unas montañas de crestas tan afiladas como espadas, entre las que se deslizaban perezosamente unas nubes de amoniaco.

Una luz brilló en el fondo del valle y centelleó repetidas veces, con diferentes intensidades de ritmo y resplandor. La nave redujo su velocidad, a la vez que perdía altura.

Momentos después, se hallaba al pie del dique rocoso.

—Ahora tendremos que ponernos los trajes espaciales— dijo Peggy.

—No será necesario —manifestó Morris, entrando en aquel momento en la cámara de observación—. En el lugar adonde vamos no es necesario el traje de vacío.

—Una caverna, ¿eh? —dijo Reynold.

—En efecto —sonrió el tripulante.

La nave avanzaba ahora con suma lentitud, suspendida a un par de metros del suelo. Reynold se acordó entonces de un detalle que le había pasado desapercibido hasta aquel momento.

—Morris, quiero hacerle una pregunta —manifestó.

—Diga, capitán.

—Ustedes se desplazan usando esas cabinas de traslación instantánea, siempre que dispongan de ellas, claro está. Me parece

que entonces la astronave es un aparato de escasa utilidad.

—Hasta cierto punto, capitán. Es cierto que nosotros usamos las cabinas para desplazarnos a la Tierra, pero la nave se usa para viajes interplanetarios, de corta duración o hacia puntos donde no se dispone de esas cabinas. Pero en otras ocasiones, es preciso instalar una y entonces se utiliza la astronave; y si la distancia es grande, se usan los motores interestelares.

Reynold y Peggy intercambiaron una mirada.

—Una explicación enteramente razonable —dijo el primero.

—Sí, pero que no aclara por completo nuestro futuro —alegó Peggy—. ¿Qué pasará con nosotros después de que Curton y Copperfield se hayan entrevistado?

—Era una pregunta de difícil respuesta, en efecto.

—¿Volverían a la Tierra?

CAPÍTULO XIII

La nave franqueó muy despacio el umbral de la entrada. A medida que ganaban terreno, los ojos asombrados de los terrestres contemplaban las maravillas que se albergaban bajo las bóvedas rocosas.

La caverna tema una extensión incalculable, ya que no se podía divisar su final, pese a hallarse brillantemente iluminada. Su anchura podía estimarse en unos siete u ochocientos metros.

Había un par de naves más, idénticas a la que acababa de llegar, y también otras de tamaño mucho menor, seguramente, para cortos desplazamientos en el exterior del satélite. Al fondo se divisaban una serie de edificios de forma regular, todos ellos construidos bajo el mismo patrón.

La astronave se detuvo al fin. Reynold apreció que de trecho en trecho había gigantescas columnas de roca, de un grosor medio de veinticinco o treinta metros, las cuales sustentaban la bóveda, situada a unos doscientos metros de altura.

—Vamos —dijo Morris.

Siguiendo al tripulante, abandonaron la cámara y se dirigieron hacia la salida. Curton y su esposa se encontraban ya junto a la escotilla.

—Hay una presión normal en el exterior de la nave —indicó el profesor, a la vez que apretaba el mando de apertura.

La escotilla se deslizó silenciosamente hacia arriba. Curton y los demás dieron unos pasos hacia la salida. Entonces, un grupo de hombres se acercó a la nave y formó un semicírculo frente a la escotilla.

Reynold contuvo una exclamación de ira. Aquellos hombres iban armados con fusiles de forma extraña, pero cuyos efectos no podían resultar agradables en modo alguno.

—Uno de ellos se destacó y dijo: —Profesor Curton, soy el capitán Eckwist. Por orden del doctor Copperfield, les declaro prisioneros a usted y a todos cuantos le acompañan. Le ruego indique a sus acompañantes no ofrezcan resistencia; en caso contrario, tenemos órdenes muy severas.

* * *

Un sentimiento colectivo de estupor se apoderó de todos los presentes. Curton no era el menos sorprendido, ciertamente.

—Capitán…

—Lo siento, profesor —cortó Eckwist secamente—. Tenga la bondad de seguirme, se lo ruego.

Curton se volvió hacia los demás. Estaba consternado.

—Lo siento, créanme que lo siento —dijo.

Los hombres armados formaron en dos filas a ambos lados de la escalerilla. Curton y su esposa iniciaron el descenso.

Reynold encogió los hombros y se rezagó con disimulo, situándose a un lado de la escotilla. La tensión del momento impidió que nadie se fijase en su gesto.

Paso a paso, se apartó de la salida. Luego, dando media vuelta, se lanzó a la carrera hacia la cámara del hermano de Peggy.

Llegó a ella segundos más tarde. Abrió la puerta y divisó el fusil de Mike apoyado en una silla. Colgada de la misma había una bolsa, en la que Reynold encontró varios peines llenos de cartuchos.

—Ha sido una suerte —murmuró, colgándose la bolsa del hombro.

Era indudable que la gente que habitaba en aquella caverna había sido convencida por Copperfield. Entregarse sin lucha era absurdo; Reynold tema el convencimiento de que Copperfield quería quitarlos de en medio a todos.

Cargó el arma y palmeó la culata con aire satisfecho.

— Bien —se dijo—, al menos, tengo algo para darles un disgusto.

Y relativamente animado, se dirigió de nuevo hacia la escotilla.

* * *

El grupo de prisioneros se detuvo ante un edificio de planta y piso que no parecía diferenciarse de los demás. La estructura de la casa era sumamente sencilla, dado que no era un alojamiento contra un clima adverso. Bajo las bóvedas rocosas reinaba una temperatura excelente.

— Entren —ordenó Eckwist.

Los prisioneros penetraron en una amplia sala, discretamente amueblada, en donde, detrás de una mesa, había un hombre vestido con una larga túnica de color azul vivo. Copperfield estaba estudiando unos documentos y levantó la vista al ver entrar al grupo.

Una extraña sonrisa apareció en sus labios.

—Bien, querido profesor —dijo—. Por fin, volvemos a encontrarnos.

—Desgraciadamente, doctor —respondió Curton en tono seco.

—Hay opiniones para todos los gustos —sonrió Copperfield—. Ha tratado de ayudar a sus amigos, pero, por fortuna para mí, ha fracasado.

—Sus acciones van contra nuestras leyes, doctor. Usted conoce la pena que se aplica en un caso semejante.

—Curton, no me haga usted reír. Demasiado sabe que soy el director de la operación, con poderes absolutos.

—No hay poderes absolutos, porque toda circunstancia personal ha de ser tenida en cuenta. Poder absoluto significa disponer absolutamente de todo y de todos, y eso es algo que nadie, ni siquiera usted, puede pretender.

—¡Paparruchas! —barbotó Copperfield—. Todos los hombres que están aquí me obedecen ciegamente. Estamos alistando una expedición para ocupar Marte. Pronto nos habremos instalado allí. Esta vez no habrá un guerrillero que destruya nuestras bases, profesor.

—¿Y después? —preguntó Mike.

Copperfield volvió los ojos hacia el hermano de Peggy.

—Después, pero en primer lugar, impediremos cualquier llegada de naves terrestres.

—Y, a continuación, se lanzarán a la conquista del planeta.

Copperfield soltó la carcajada.

—¡Mi querido guerrillero! —exclamó—. Es usted un sujeto típicamente terrestre, siempre temiendo la invasión de su planeta por seres venidos de mundos remotos. No, señor Styles, no vamos a invadir la Tierra.

Peggy se sentía perpleja.

—Entonces, ¿qué es lo que pretenden?

—Hay un grupo de gente a la cual le gusta Marte —respondió Copperfield—. Es un planeta lleno de posibilidades, prácticamente inexplorado no sólo en la superficie, sino en el subsuelo. Por tanto, es un mundo riquísimo, que sólo necesita se explote cuanto de bueno hay bajo su superficie.

—No sé a quién venderán los minerales que extraigan de Marte —dijo Mary Feyder con socarronería.

—¿Quién ha hablado de vender? Esos minerales, debidamente transformados, servirán para las necesidades de la población marciana, que aumentará rápidamente. En menos de un par de siglos, habremos creado en Marte una floreciente civilización que competirá ventajosamente con la terrestre.

—Doctor, debo recordarle que no fue ésa la misión que se le asignó cuando nos enviaron a la Tierra— dijo Curton.

Copperfield agitó una mano en gesto desdeñoso.

—No pienso regresar a nuestro planeta de origen —contestó—. Y todos los que están aquí conmigo se muestran de acuerdo en mis planes.

—Lo cual, dicho sencillamente, es una rebelión.

—Llámelo como quiera; me es indiferente.

—Doctor —dijo Peggy—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, por cierto, señorita, ¿de qué se trata?

—De Marte, precisamente. Usted dice que quiere crear allí una nueva civilización. ¿Cree que puede conseguirlo en un mundo donde es preciso vivir con traje espacial cuando no se está en un lugar donde hay presión normal?

—En efecto, se puede vivir… siempre que se esté suficientemente cerca del Sol para recibir el benéfico influjo de sus rayos, tanto calóricos como ultravioletas. Entonces, y mediante una labor adecuada, se sembrarán plantas que, en su día, producirán

oxígeno suficiente para poder vivir libremente en el exterior. Ello traerá consigo la formación de vapor de agua y, consecuentemente, se producirán lluvias y se aumentará la irrigación de la superficie marciana. En doscientos años, Marte hará un cambio radical, créanme.

—No creo que vivan mucho esas plantas, con las bajas temperaturas que reinan habitualmente en Marte, sobre todo, cuando se encuentran a la máxima distancia del Sol, a casi doscientos cincuenta millones de kilómetros.

Copperfield sonreía con desprecio.

—¿Cree que no he pensado en todo ello? Pero, puesto que no puedo mover al Sol para que dé más calor a Marte, moveré a Marte y lo situaré en una órbita, cuya distancia media al Sol será de unos ciento sesenta millones de kilómetros.

Peggy se quedó aterrada.

—Pero… se alterará la órbita de la Tierra. La atracción de Marte provocará trastornos y viceversa…

—¿Qué me importa a mí? —contestó Copperfield—. Sí, se producirán trastornos mientras se estabilizan las órbitas, pero la de Marte lo será mucho antes y pronto ocupará mi nuevo y definitivo puesto en el Sistema Solar. En cuanto a lo que pueda pasar en la Tierra, me es completamente indiferente.

—Supongo —dijo Mike—, que usted se nombrará Emperador de Marte o cosa así, ¿no?

—O quizá me invente un título diferente, pero, en todo caso, el nombre no hace a la cosa. Por cierto, no he oído todavía la opinión del capitán Reynold. ¿Por qué no dice nada, capitán?

Hubo un momento de silencio.

Copperfield se puso pálido.

—¡Capitán! ¿Dónde se ha metido usted? —rugió.

Mike se tapó la boca con la mano, para ocultar una risita de satisfacción. Peggy apretó los labios.

—Está bien —dijo Copperfield—. Si Reynold Tloth no aparece…

En aquel momento, un extraño sonido resonó bajo las bóvedas rocosas, llamando la atención de todos los presentes.

Un disparo de arma de fuego.

* * *

Reynold corría hacia la salida de la nave cuando, de pronto, oyó voces a poca distancia.

De un salto, se parapetó tras la puerta de una cámara, dejándola entreabierta. Dos hombres aparecieron en el acto ante sus ojos.

Reynold salió silenciosamente y levantó el fusil.

—Eh —llamó a media voz.

Los hombres se volvieron.

—Será mejor que se estén quietos —dijo Reynold—. Obedezcan y no les pasará nada.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de los individuos.

—El «Lobo Feroz» —gruñó Reynold—. A su derecha hay una puerta. Entren.

Los individuos se resistían a obedecer. Reynold se echó el fusil a la cara.

—Entren o los mato —dijo muy serio.

La amenaza no podía echarse en saco roto. Mordiéndose los puños de rabia, los dos sujetos penetraron en el lugar señalado.

Reynold cerró con llave a continuación. Luego corrió hacia la salida.

Se asomó precavidamente. No se veía a nadie en las inmediaciones.

Peggy y los demás debían de hallarse prisioneros en alguna parte. El fusil le daba una notable seguridad, por lo que decidió hacer todos los posibles para rescatarles.

Avanzó con paso natural. Las dimensiones de la caverna permitían ver a personas que se movían de un lado para otro, sin fijarse en él. Por otra parte, al vestir ropas proporcionadas por Curton, pasaba mejor desapercibido, a lo que contribuía el hecho de que llevaba el fusil pegado al costado.

Las casas estaban a unos cuatrocientos metros. Había recorrido la mitad de la distancia, cuando alguien llamó su atención:

—¡Eh, tú, ven a echarnos una mano!

Reynold volvió la cabeza. Había dos individuos trabajando en lo que parecía la reparación de una avería en una nave de pequeñas dimensiones.

A lo lejos, se aproximaban dos hombres armados. Reynold frunció el ceño.

—Lo siento, no puedo —dijo.

Uno de los sujetos se puso en pie.

—¿Qué artefacto es ése que llevas ahí? No lo he visto nunca…

—¡A ti qué te importa! ¡Déjame en paz, estúpido!

Reynold se había puesto mi poco nervioso. El otro insistió:

—Yo no he visto nunca ese aparato… y me parece que tampoco te he visto a ti. ¿De dónde diablos has salido?

Su compañero se puso en pie.

—Oye, ¿no será uno de los tipos que vinieron hace poco?

—Es posible —admitió el que primero había hablado—. En tal caso, habría que llevarle con los otros.

Reynold puso el fusil horizontal.

—¿De veras? ¿Adónde me vais a llevar, muchachos?— preguntó, desdeñosamente.

En aquel momento vio con el rabillo del ojo que los dos hombres armados se habían percatado de su gesto y aprestaban sus fusiles. Sin dudar un solo instante, Reynold giró un poco, apoyó la culata en su hombro, apuntó y disparó.

CAPÍTULO XIV

La detonación resonó fragorosamente bajo la caverna. Uno de los sujetos armados lanzó su fusil a un lado y cayó al suelo.

El otro se arrodilló para tomar puntería. Reynold saltó a un lado, rodando sobre sí mismo para buscar refugio tras la nave.

Algo hendió silenciosamente el aire y chocó contra el suelo, deshaciéndose en una bola de calor intolerable, tras provocar un resplandor deslumbrante.

Estaba asustado. Los proyectiles que disparaban aquellas armas podían abrasarle instantáneamente. Pero no por ello pensaba desistir de sus propósitos.

Abandonando su refugio, corrió hacia las primeras casas. Dos hombres más, también armados, aparecieron ante su vista.

Reynold disparó velozmente, derribándolos antes de que pudieran aprestarse a la ofensiva. Luego empezó a pensar en la conveniencia de apoderarse de uno de aquellos fusiles.

En aquel momento sonó una voz, que parecía un bramido, al ser multiplicada por una serie de megáfonos extendidos por todo el ámbito de la caverna:

— ¡Capitán Tloth! Le habla Copperfield. Deponga inmediatamente su actitud o sus compañeros, con Peggy Styles a la cabeza, serán ejecutados en el acto.

Reynold hizo rechinar sus dientes de rabia. Tras una ligera vacilación, dejó caer el fusil al suelo.

—Así, muy bien —dijo Copperfield—. Ahora levante las manos y no oponga resistencia. Quiso pasarse de listo, ¿verdad? —añadió con burla—. ¿Qué esperaba conseguir, estúpido?

Eckwist, seguido por un par de individuos armados, avanzaba hacia Reynold. El joven se dejó apresar sin oponer resistencia.

—Síganos —ordenó Eckwist.

Reynold obedeció mansamente.

Momentos después, se hallaba ante Copperfield.

—Una valerosa pero también absurda actitud la suya, capitán —dijo Copperfield—. ¿Acaso pensaba derrotarme?

—Tal vez resulte menos difícil de lo que parece, doctor —contestó Reynold con acento huraño.

—Su incorregible optimismo es emocionante —comentó Copperfield con acento irónico—. ¿Tiene algún deseo que expresar antes de morir?

Peggy lanzó un gemido. Curton apretó los puños.

—Doctor, se está excediendo en sus atribuciones —exclamó.

—No tengo que responder de nada ante nadie —replicó Copperfield orgullosamente. Miró a Reynold—. Le hice una pregunta, capitán.

—Sí, sólo quiero que me permitan retorcerle el pescuezo para hacerle pagar las muertes cometidas en Camp Vickary —contestó Reynold ceñudamente.

—Necesitábamos Marte para nosotros —dijo el doctor con glacial acento—. ¡Capitán Eckwist! —llamó.

—Sí, doctor —respondió el aludido.

—Llévese al capitán Tloth. Ya sabe qué es lo que tiene que hacer con él.

—Bien, doctor. ¿Vamos, Tloth?

Peggy miró al joven con ojos llorosos. Reynold inspiró profundamente, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida, a ambos lados de la cual había dos guardias armados.

— Adiós, Reynold —dijo Peggy en voz baja.

* * *

Salieron de la casa. Reynold volvió la cabeza un poco.

—Capitán Eckwist.

—Diga, Tloth.

—¿Qué procedimiento van a emplear para ejecutarme?

—La cabina de traslación instantánea.

—Reynold enarcó las cejas.

—¿Cómo?

—Será introducido en una de esas cabinas y proyectado a un punto incógnito. Como no habrá cabina receptora, su cuerpo no se materializará de nuevo y morirá.

—Bonito método de liquidar a las personas —gruñó Reynold.

Eckwist no contestó.

Caminaron unos doscientos metros. De pronto, Eckwist se detuvo ante una jaula de cristal, harto conocida de Reynold.

Eckwist penetró en la cabina y manipuló es sus controles. Sus dos subordinados permanecían flanqueando a Reynold.

Pasaron algunos segundos. De pronto, Reynold se dio cuenta de que Eckwist estaba terminando sus operaciones.

Era preciso hacer algo, se dijo. Sus custodios parecían haber relajado un tanto su atención.

Súbitamente, dio un paso hacia atrás y agarró a los dos hombres por sus cuellos, juntándoles las cabezas. El golpe no fue muy fuerte, pero bastó para aturdirles y desconcertarles, haciéndoles perder el equilibrio al mismo tiempo.

Eckwist observó la acción y se dispuso a salir de la cabina. En el mismo instante, Reynold propinaba un terrible empujón a uno de sus guardianes.

El hombre salió disparado hacia delante, tropezó con la puerta y la cerró de golpe.

La puerta chocó contra Eckwist, haciéndolo retroceder. Eckwist se tambaleó y cayó sobre el tablero de mandos.

Un horrible grito se escapó de sus labios. Quiso cortar el flujo de acción de la máquina, pero era ya tarde.

Mientras, Reynold peleaba con el otro guardia, al que dejó fuera de combate de un seco derechazo a la mandíbula. El primero reaccionó, aunque torpemente. Cuando quiso recobrar su fusil, se encontró con la culata del que ya tenía Reynold.

Los dos hombres rodaron por el suelo inconscientes. Reynold dirigió una mirada hacia la cabina.

Eckwist era ya apenas visible. No obstante, Reynold pudo captar en su rostro casi transparente una mueca de terror, producida por lo irremediable de su suerte. Sabíase lanzado al infinito y no podía hacer nada para evitarlo.

Reynold no quiso mirar más. Giró sobre sus talones y, empuñando el fusil de que se había apoderado, echó a correr en dirección a la casa.

Un hombre quiso cerrarle el paso. Reynold le golpeó despiadadamente y lo derribó con los pies por alto.

Sonaron gritos de alarma. Reynold disparó un par de descargas y ahuyentó a los que querían atraparle. En aquel momento, Copperfield, bramando de ira, apareció en la puerta.

—¡¡Atrapadle, estúpidos! ¡No le dejéis que siga viviendo…!

Reynold se detuvo. Para la situación en que se hallaba sólo era posible una solución.

Pensó en ciento ochenta vidas arrebatadas por la megalomanía de un individuo ávido de poder. Copperfield vio la expresión de su rostro y quiso escapar.

Reynold no podía perdonarle la vida. Copperfield volvería a las andadas siempre que pudiera.

La bola de fuego alcanzó a Copperfield en el centro del cuerpo. Hubo un intenso resplandor. Luego, un cuerpo ennegrecido instantáneamente cayó al suelo.

Curton apareció en el umbral.

—Deténgase, capitán —rogó.

—Por supuesto, profesor; pero siempre que se haga usted cargo del orden —accedió Reynold.

—Deje ese asunto de mi cuenta, capitán.

* * *

—No habrá problemas ya —dijo Curton poco después—. Abandonamos Titán.

—Y se vuelven a su mundo —habló Reynold.

—Sí, capitán.

—Es lo mejor —aprobó el joven—. No estamos preparados todavía para un contacto sin choques. Ni siquiera ustedes, pese a considerarse infinitamente más civilizados que nosotros.

—Eso es cierto —admitió Curton con humildad—. De todas formas, algo hemos ganado con este primer encuentro.

—No hay por qué negarlo, profesor. Imagino que muchos de sus descubrimientos podrán ser utilizados por nosotros.

—Álvarez y Petrov son auténticamente terrestres. Ellos aprovecharán muchas de las cosas que yo dejo allí.

—No está mal. Profesor, me gustaría saber una cosa.

—¿Sí?

—Ustedes, incluso aquí, seguían utilizando sus nombres terrestres.

—Bueno, resultaba más cómodo. No olvide que llevábamos muchísimos años entre ustedes.

—Es verdad —sonrió Reynold—. ¿Cómo piensa devolvernos a la Tierra?

—Utilicen la cabina de traslación instantánea. Álvarez y Petrov saben cómo hacerlo.

—Queda en pie otro problema —intervino Peggy.

—¿Cuál, por favor? —preguntó Curton.

—La explicación de lo que sucedió en Marte, profesor.

Curton volvió los ojos hacia Mike.

—Si dijeran la verdad, nadie lo creería —respondió—. La expedición de socorro está a punto de llegar a Marte. Mike y la doctora pueden quedarse allí; tienen elementos de supervivencia. Zeiss pasará siempre por loco. En cuanto al campamento, fue destruido por una explosión.

—Puede pasar —convino Mike—. Pero ¿qué me dice de la huella del gigante? ¿De dónde demonios salió ese sujeto de quince metros de altura?

Curton se echó a reír.

—Fue idea de Eckwist, destinada a impresionar a los habitantes de Camp Vickary y hacernos creer a todos que habían sido invadidos por una raza de gigantes. No había tal, en realidad, sino el artificio que imprimió las pisadas. Pero cometió un error, porque en la electroencefalofotografía que obtuve de Zeiss, se veía la huella sin puntos de referencia. Cualquier objeto que hubiese aparecido en la placa, habría indicado se trataba de la pisada de un gigante, una botella, un casco, un guante… Al no haber nada, parecía una pisada normal y el efecto se perdió en su mayor parte.

—Sí, es cierto —confirmó Reynold—. Profesor, ha sido un placer…, pero no regresen a la Tierra.

—Sí —murmuró Curton—. No volveremos y es una lástima, porque se trata de un planeta muy agradable.

* * *

—Guardaremos el secreto de la cabina —dijo Reynold a Peggy, una vez llegados a la Tierra.

—Quizá podamos utilizarla algún día —opinó ella.

—Por mi parte, prefiero los vehículos normales. Sobre todo para determinados viajes, Peggy.

—¿Qué clase de viajes, Reynold?

—Los de luna de miel, preciosa. ¿Quieres casarte conmigo?

—Me dejas sorprendida, Reynold…

—Pero satisfecha, ¿no?

Peggy sonrió.

— Sí, querido —contestó.

Días después, leyeron un periódico:

¡HALLADOS DOS SUPERVIVIENTES!

Increíblemente, dos personas han conseguido sobrevivir en Marte, en las más adversas condiciones. Se trata de Mike Styles y la doctora Mary Feyder, quienes han declarado que se hallaban ausentes de Camp Vickary en el momento de producirse la tragedia que exterminó a la población de la base, en cumplimiento de una misión científica. Aislados del mundo, confiaron siempre en la llegada de una expedición de socorro que, felizmente, les ha rescatado y…

—Si supieran la verdad —suspiró Peggy.

Reynold lanzó el diario a un lado.

—No podemos contarla —contestó—. Curton tenía razón; es demasiado fantástico para que nos crean.

Levantó la vista al cielo.

—Pero lo más importante de todo es que Marte permaneció en su órbita —concluyó—. Y allí espera a los humanos una tarea muy importante: poblarlo y hacerlo habitable.

—Lo conseguiremos, Reynold —aseguró Peggy firmemente.

FIN